

Alfonso ALCALDE

ALEGRIA PROVISORIA

colección vilanos



NASCIMENTO



© ALFONSO ALCALDE

1968

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

N.º 3402



Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento, S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1968

A Ceidy, pidiéndole disculpas por haberla dejado de amar fugazmente mientras escribía estos cuentos.



LA BOCA, LA BOCA

Personajes:

Un charlatán, varios *palos blancos*, transeúntes, un niño, una boa profesional, varias cajitas de pomada.

Lugar de la acción:

Alameda casi esquina de Bandera.

El charlatán sacó del canasto la boa auténtica. Un río corto en movimiento que tenía comienzo y fin para iniciar el espectáculo y atracer la curiosidad de los transeúntes de la gran ciudad.

El sol de mediodía estaba dividiendo las cosas: los destellos, los rostros, sus sombras, los edificios, la soledad, los ruidos. Entonces la boa se movió como el océano tranquilo, apenas una oscilación mínima, un fantasma saliendo del sueño con pereza. Se le notaba la responsabilidad profesional: había llegado la hora del trabajo junto al hombrecito que ponía en orden las pequeñas cajas de pomadas. A su lado el

gentío caminaba entrando y saliendo de las puertas sin fondo del comercio y las iglesias, “Por encargo de la fábrica”, gritó el charlatán poniéndose la boa como una soga en el cuello, curvándose al sentir su peso, explotando ese brillo aceitoso, pero rápido de reptil redondo como manguera de bombero.

Era el momento de predicar en el desierto su verdad en medio de los rostros planos, de las gentes sin nada adentro, apenas los ojos pasando como chispazos entre los semáforos y el tic-tac de sus pasos vistos desde la altura como si les hubieran dado cuerda a cada uno antes de salir de sus casas. “Por encargo de la fábrica”, repitió, escrutando la nada, la multitud vacía.

Tal vez la boa sintió frío; el sol cambió de lugar en su piel, contra su piel: las pequeñas luces también se mudaron con estremecimiento.

El charlatán continuó hablando con nadie, a sí mismo, a la boa, repitiendo las 3.500 únicas palabras de su discurso sin fin, remarcando las 3.500 pausas tan metódicamente controladas por la experiencia de los años.

En ese momento llegaron sus colaboradores, los “palos blancos”, los compradores ficticios, los estimuladores del interés callejero. Uno era alto y el otro bajo; se diría que la boa se movió al verlos. Era el resto del equipo.

... “por encargo de la fábrica traigo esta pomada milagrosa. Yo no pago patente, ni arriendo, y por eso estoy en condiciones de...” Cortarle el paso a la gente, detener el traajín, es como abrir un hoyo en el agua, decía el charlatán a su mujer en las horas de descanso cuando confesaba las dificultades del oficio.

Es como si la voz del charlatán (mía) marcara un número equivocado y acertara y en el otro extremo otra persona escuchara, el único ser sobre la tierra dispuesto a oír, mientras los otros hablan, hablan, hablan, se hablan ellos de ellos mismos y se contestan ellos mismos contra ellos mismos y la voz no se detiene nunca, desde que viven hasta que mueren en un solo chorro, un solo canal, el único precipicio que se eleva y desciende y transfigura las cosas, y las deforma o las hace más bellas y siguen hablando, hablando, hablando... sin poder escuchar.

—¿Cuánto le costaría esta pomada milagrosa en una farmacia que tiene tantas luces, tantos empleados, tantos gastos?: el triple. Yo no tengo nada contra el comercio legalmente constituido, pero no crean ustedes que lo digo por interés. No se verán en otra —repetía el charlatán, moviendo el dedo en forma sentenciosa, como un apóstol.

Su voz se elevaba sobre las otras miles y miles de voces superpuestas y escalonadas que iban pasando en ese momento por la calle, voces que se habían quedado afuera de los rostros y del alma, refunfuñando, protestando, amando, comprendiendo, solicitando, huyendo, martirizándose hasta volver a su reducto original, el gigantesco silencio de la ciudad, de las frenadas bruscas y los escándalos rojos de las noticias de primera plana de los diarios y el maní caliente y el ruido hondo de las campanas.

La voz del charlatán adquiriría entonces un color distinto, un volumen diferente, una capacidad para trepar entre las otras voces de la selva, como un trapecionista equilibrando su número, su gracia, entre sílaba y sílaba.

—Es como tirar muchos anzuelos —le confesaba el charlatán a su mujer.

Hay rostros que compran y otros no. Están haciendo hora. Eso se sabe. Uno mira y puede descubrir los que están escuchando, los que se hablan a sí mismo dejando la conversación del charlatán en otro plano, de fondo, pero a la larga compran, a veces a la segunda rueda, después que el discurso de 3.500 palabras empieza a repetirse y dice las mismas exactas cosas igual que un hombre a su mujer después de vivir mucho tiempo juntos. Entonces se deciden y sacan la plata y el “palo blanco” dice con voz solícita: “Por favor, deme una” y yo contesto: “Con mucho gusto, señor”, “es un producto garantido”. Y luego “pica” el resto, hasta cinco por rueda los días de suerte y con eso ya uno saca su utilidad.

Yo mismo donde usted me ve, estoy costearo los estudios de mi hijo poniendo la cara en la calle. Primero la cara se cae y después no. Mi hijo todavía cree que trabajo en una oficina, nunca quise decirle. Y eso que tiene 12 años. Está en un colegio caro, en un colegio particular.

...“esta pomada es el producto de pacientes años de estudios en los mejores laboratorios del mundo...”

Rostro indiferente.

¿...cuántos hombres de ciencia se han quemado las pestañas...?

Rostro curioso.

...“estos científicos han pasado años enteros, día y noche, mirando por el microscopio los bichitos, viéndolos caminar, saltar, jugar...”

Rostro ambiguo.

Cinco rostros más. Un rostro lleno de rayas como el di-

bujo de un niño, irregular, inseguro: una madeja con las huellas de la vida, trozos de experiencia, del dolor humano.

... "así es la cosa, señores y señoras. Esto no es juguete de niños chicos. La pomada lleva el sello de un laboratorio solvente, sol-ven-te, que lo distribuye por el mundo entero".

La boa hace ondular los reflejos del sol desde la cabeza a la cola, ocre resbaladizo bajando a tropezones por su piel, como un ciego huyendo de un incendio, verdes más encendidos por el calor, azules directos, destellos casi de plata, plata pobre, plata vieja.

El círculo de rostros curiosos aumenta. Primeros, segundos y terceros planos.

Cuando recién empecé parecían todos iguales, pero más tarde con la experiencia, uno descubre que son distintos y algo extraño: no se olvidan nunca.

... "aquí tengo un documento (lo muestra), es una carta de una persona que estaba desahuciada por los médicos. Vendió una casa para costear su enfermedad. Con decirles que fue hasta donde una meica y nada. Pero un día que iba pasando por este lugar escuchó mi palabra y llevó una cajita de pomada y a la semana me vino a dar las gracias, estaba sana y buena y parecía que venía del liceo, y eso que tenía 80 años, la viejuca".

Rostros en hilera, en fila, casi transparentes, movibles, desplazándose, intercambiados.

Se mira con el rabillo.

El que va a comprar tiene un fulgor en los ojos, es una lucecita, y eso también se aprende. Es como si se pusiera orgulloso, se mueve. Y uno va sacando la cuenta... Y uno mira otra vez la multitud indiferente y veo el rostro de mi hijo.

Me estaba condenando con la mirada, y el grupo de sus compañeros de curso no entendía, pero la clavó descubriendo al padre actor que (soy yo) con su impecable camisa blanca, retrocediendo, levantando las manos en un gesto de espanto y luego de tomar un poco de aire, volver a la carga: conmover, estremecer a ese bloque de curiosos que cos-teaban su matrícula, sus libros, su uniforme, los zapatos. Quise arrancar, dejar la boa botada y la mercadería, pero recordé que era un profesional y llegué hasta la palabra 3.500 y vendí más que nunca y hasta uno de los muchachos que acompañaba a mi hijo me compró una cajita. Y después dije: "Está bueno por hoy".

Y nos dispersamos.

Le dí su parte a los palos blancos y comencé a enrollar la boa más temprano que en otras oportunidades. Y mi hijo mirando la maleta donde guardaba la mercadería, las cajitas sobrantes. Escuché su voz como debió oír la mía separada por completo del ruido infernal de los motores y las palabras tantas veces entrelazadas de los transeúntes.

Entonces tomamos el camino de regreso.

El me iba haciendo cargos (creo yo), pero el trabajo no deshonra a nadie, el trabajo de hablarle a la gente para que compren lo que no les hace falta.

Yo le iba contando lo que había sido mi vida y las dificultades que encuentra un padre para educar a su único hijo. Tenía miedo que no me entendiera, por eso le hablaba, aunque sólo para mí.

Pero él contestaba con orgullo que éramos amigos, que le gustaba contarme todo lo que le pasaba. Pero seguía sin hablar rodeado por nuestros dos silencios, escuchando los in-

finitos ruidos. Los ruidos solemnes y los fabricados en serie por la frivolidad y la costumbre de vivir.

Yo tengo la impresión que nos mirábamos por una esquina de los ojos, sin apurar mucho el paso, como tratando de preparar el terreno para decir algo, para decirnos alguna cosa, pero ninguno de los dos quería hablar primero. A mí me parecía que el muchacho iba reflexionando, ya un poco anciano en ese momento, pensando a lo mejor que su mamá tampoco sabía que yo era “charla”, que me ganaba la plata en la calle subido a una tarima como un actor aficionado, exagerando los gestos, estudiando a la gente para venderles las cajitas. Yo le iba diciendo a mi hijo, sin decírselo, que muchas veces intenté hacer algo distinto, entrar de nuevo como empleado de alguna tienda o almacén, pero me sofocaba ahí dentro de las cuatro paredes, hablando poco o casi nada, sin libertad. Y sobre la libertad le voy a hablar si me dice algo, pero no me dice nada, sigue callado mientras caminamos por la gran ciudad escuchando cada uno su voz y ahora me pide si puede llevar el canasto con la boa que siempre guardo en la casa de un amigo y yo le tomo el bolsón y seguimos hablando metidos en nuestros silencios. Siento que el silencio de él es más tierno, como debe sentir un padre el silencio de su hijo cuando el hijo comprende. Cuando comprende todo o una parte del silencio de su padre y así pueden llegar casi abrazados a la casa, riéndose, riéndose en tal forma que la gente que no sabe de qué se trata, también se pone a reír.

Personajes:

Un ladrón ocasional, un pavo, el pasajero de un tren,
un abogado, varios detectives.

Lugar de la acción:

La comisaría, una cárcel.

Podemos tener la certeza de encontrar orín en las paredes: manchones y parches ciclópeos, cataratas; unos listones de dos pulgadas para proteger el césped amarillento y barrido y un quiosco rojo y azul rebosante de pintura donde se protege el carabinero de guardia en las noches invernales, arropado con su trabuco del siglo XIV. Luego alguien se topa con el carcelero de doble papada y triple barriga, dividido por la gruesa correa con la hebilla cuadrada apenas con los ojos que entreabren las grasas del rostro, las subidas y bajadas de esos poros con suplicios rebanados en la estrechez,

en su desarrollo imposible, apretujados entre sí casi redondos en el mentón y luego su salida hacia los bloques exteriores: una cara cuajada con ira, a machetazos y convincente, de acuerdo con lo establecido por la ley. Después, el infierno, las rejas desmesuradas, el olor de los mismos porotos que vienen hirviendo desde el tiempo de la Colonia, amarillos y redondos como balas de buque, como maní más bien, y adentro el hacinamiento de los delincuentes, los nichos que le sirven de camastro, apenas una cerradura bloqueando cada celda como para que mirara el solo ojo curioso de un gigante y los rostros indigentes el residuo, el ganado judicial tomando sol a cuadros.

Los hechos relacionados con mi captura tuvieron lugar de la siguiente manera. Estando yo casado con una matrona que era efectivamente, usía, una mártir y por las circunstancias de tener dos hijos, cuyas edades fluctúan entre los tres y los cinco años, y por estar cesante y por el hecho de sobrevivir en una pieza tan estrecha como la misma cama en que dormíamos decidí esa tarde (en que estuve a punto una vez más de degollarla) salir. No resulta difícil, usía, entender mi estado de ánimo. Es efectivo —como consta en actas— que anduve mirando las vitrinas de la víspera de navidad y la gente me chocaba con sus paquetes, con rumas tan altas que no ven nada y se lo pasan a llevar a uno. Yo, aforré, de pasada, como a dos de estos distraídos que cayeron dando vueltas con las porquerías que habían comprado. Y eso, produce risa. No sé cómo llegué hasta una calle solitaria, faltaba poco para la noche y, ¿que no veo un pavo? Era más o menos menudo, aunque bien alimentado (de buena familia); modales de acuerdo con su edad, un poco su-

perfidia en el trato a primera vista. Me acordé del sapo Livingstone. Una asociación disparatada, es efectivo. Es cuando van a patear el penal y el jugador le hace antes una morisqueta al arquero y éste se tira para el lado contrario en que va la pelota, el cañonazo. Le pegué una patada al pavo y voló, pero al caer yo lo estaba recibiendo con los brazos abiertos. Y comencé a correr, con el animal debajo de la chaqueta, con tan mala suerte, que fui a parar a la comisaría, tuve que entregar los cordones, la corbata, un viejo reloj Omega, recuerdo de familia, y una transcripción (que siempre llevo en los bolsillos) de los viajes que Ibn Battuta le contó a Ibn Juzayy cuando estuvo en el Sudán en el siglo XII. Me colocaron un foco con una ampolleta grande cerca de los ojos y comencé a ver todo blanco, como si estuviera rodeado de puntas de alfileres y los *tiras* con voces de colores, en su mayoría verdes en esa espesura de la oscuridad me estaban obligando a que largara la pepa.

Cuando se inició el interrogatorio, posiblemente existió una mezcla de esos tonos, un azul sobrecargado, la cara de uno de los verdugos que tomaba tal vértigo atravesando los blancos (de la ampolleta) como un alud, saltando las chispas de nieve, con las puntas erizadas de pequeños zarpazos. La danza de los colores fue aumentando de intensidad y al acercarse al oído, bajaron los matices agrandándose.

Uno me preguntó:

—¿Qué sintió al robarle el pavo?

Le contesté:

—Me puse muy triste.

Se anduvo desconcertando.

—¿Triste? ¿Por qué?

—Por la cara que tenía el pavo, ¡más o menos como la suya!

Recibí (recibió) del delincuente el primer combo.

—No me entiende —dijo el hombre desde la sombra.—. Vamos al grano del asunto. ¿Qué sensación metafísica?

—Ah, sí —le contesté—: calor.

—¿Qué más?

—Apuro, sensación de culpa. Pensé que más tarde, algún día, no pude precisar cuándo, podría regresar con dos pavos y dejarlos en el mismo lugar para pagar la deuda que había contraído con la sociedad.

—¿Y el pavo?

—Me miró asombrado, pero no indiferente, responsable de la aventura que estaba viviendo —les dije—, lanzado fuera de su pequeña órbita mezquina de morir entre julio y agosto. Se sentía fatuo —agregué para darle más soga al trompo.

El que estaba de azul hizo un traslado del color al reverso de la ampolleta, de modo que tuve que acostumbrarme a otras cabriolas de la luz, como si brotaran desde el suelo como un barco patas para arriba, con la chimenea hundida en el océano.

—¿Pero, qué pudo traducir, por así decirlo, en la mirada del pavo?

—Cierta perversidad —le dije.

—¿Complicidad? —preguntó el *tira* desde el interior de la sombra de colores múltiples.

—No —le contesté para liquidarlo—. Ira. La pose de un actor que sube esa noche al escenario por última vez y se despide con la carne de gallina, melancólico.

—¿Había algo en su rostro —indagó el detective—, de la furia de un fanático o de un penitente?

—Las dos cosas mi capitán —le repliqué—. Pero la verdad es que parecía un fanático de esos que se dejan la barba y hablan en los parques, el domingo a las cuatro de la tarde, recién iniciado en el arte de meterse en la trifulca del garabato limpio.

—Pero... ¿no le entró la duda al estirar la mano?

—Sí —le dije—, me temblaba, pero creo que el pavo comprendió. ¿No ve que son fatalistas y con las primeras lluvias se ponen saltones?

—¿Vio usted en el rostro del pavo un síntoma de reproche, como si fatalmente lo condenaría, por lo menos haciendo prevalecer su inferioridad? (en cuanto a condición humana se refiere) —aclaró.

—Sin duda que sí. Pero yo le tiré una mirada mataballo al recordar que en la casa me estaban esperando en medio del campanilleo de navidad de las radios vecinas y los coros chillones, con la servilleta puesta, cuchillo y tenedor en mano y el plato vacío.

—¿Y en ese juego de las miradas no comprendió usted que estaba pecando?

—Sí.

—¿Y, además, no comprendió que transgredía las leyes, el patrimonio de la nación, la lucidez del alma que sólo puede salvarse mediante la bondad, el desinterés, la beatitud, al margen del encono, la ira y la avaricia?

—Como sea su cariño —le contesté para cortar la lata.

Me acercaron más el foco y al parecer abrieron una ven-

tana para que escaparan los lingotes de humo del cigarrillo; en todo caso los colores de los *tiras* se hicieron más livianos.

—¿Sabe usted los traumas que le ha podido ocasionar al ave con su actitud de rapiña?

Bajé la cabeza tratando de encontrar el origen de la voz que era en realidad un pozo, un molino creo yo.

—No me había fijado en ese detalle —le expliqué al caballero.

Comenzó otra vez el sermón:

—Es el dolo el que condenamos. Esa mano alargándose para tocar lo ajeno, esa transgresión del código, esa expansión de la sola idea de robar, de sumar capital, de ambientarse con lo extraño, de irrumpir en lo sellado, pisotear la frontera de la pureza y la inocencia.

—Pero el pavo tiene la culpa —grité en el colmo de la indignación, cuando me acercaron el foco casi hasta quemarme las pestañas. Además, me habían amarrado los brazos.

—¿Por qué? —gritó también uno de los *tiras*.

—Por ser pavo, pues —le contesté—, mientras uno anda cortado de hambre.

El interrogatorio duró una semana con sus noches. Ya al final comencé a hacerle el juego y los echaba por la tangente, hasta que recibía un chinchorrazo. Entonces me llevaron a la celda y quedé solo. Como a los tres meses pensé por qué no había venido a verme mi mujer y los cabros. Otro condenado me picó la guía: “No vienen nunca más”, sentenció con amargura y yo comencé entonces a sacar mis cuentas porque el juez confirmó la condena: once años y un día por abigeato. Como al año y cinco meses y dos días apareció un abogado de los pobres, que daba pena por lo libre

que era, con una carpeta roñosa. Dijo que le diera el nombre de un amigo.

—¿De dónde? —le contesté—; si no tengo ninguno. Creyó que le estaba tomando el pelo.

—¿Cómo no va a tener uno siquiera? —insistió.

—Así es, no más —fue la respuesta.

—Pero piense bien, haga memoria...

Entonces quedé un largo momento en silencio, revisando, y le contesto:

—No.

—¿Será un enemigo? —explicó que era importante para pedir una revisión de mi causa.

—Tampoco —le dije—; paso. Aunque pensándolo bien —rectifiqué—, bien podría ser el pavo.

—No, no sirve —dijo—. Alguien de carne y hueso.

—Al agua —le contesté—. No recuerdo a nadie tampoco.

—Un pariente, alguien que certifique que usted es una persona decente.

—Uf, mucho menos —le dije cortando por lo sano—. Estoy en blanco, fíjese.

—Pero en la infancia, en el colegio, ¿nunca le pegó un combo a nadie: no se tomó un trago con alguien?

Entonces se me encendió la ampolleta.

—Fue en Contulmo —le confesé.

El otro creía que le iba a dar más datos, pero nada. Nos quedamos mirando, también por ese lado tenía borrada la película.

—¿Usted nació en Contulmo, a lo mejor? —preguntó el leguleyo.

—No —le dije—. Pero un día fui a ese lugar con un pa-

pel buscando un primo. La dirección que me dieron era chueca y nadie conocía a mi pariente. Perdí el viaje.

—¿Usted dónde ha vivido?

—Sepa Moya —le contesté—. Y de nuevo le doy luz al gas. Fíjese que una vez iba en un tren, en un carro de tercera, ¿y que no me pide fuego una persona?

El letrado empezó a anotar hecho un loco.

—¿Cómo se llamaba?

—No sé. ¡Mire que le iba a estar preguntando el nombre sólo porque le había prestado un fósforo!

—También es cierto —dijo por lo bajo—. En eso le encuentro toda la razón.

—¿No ve? —le contesté, remachándomelo—. Pero otra vez me subo a un tren y ¿que no me siento por casualidad al lado del mismo pasajero?

—Entonces ya se hicieron amigos.

—No, pues. Yo llevaba un pollo y él una botella de tinto y nos fuimos miti miti tonti mota.

—¿Y sobre qué hablaron?

—Sobre nada; después de comer quedamos tristes y él se bajó.

—¿Usted cree que podría identificarlo si lo viera de nuevo?

—Estoy casi seguro.

—¿Qué es lo que más le llamó la atención?

—La maleta, fíjese.

—Y su mujer. ¿Cómo se llama?

—Bah —le dije con amargura—. Ya le pasé la goma.

—¿Y sus hijos?

—¡Borrados!

Se le estaba poniendo pesada la pista al amigo.

—¿Pero cómo no va a recordar ni siquiera el nombre de la madre de sus hijos?

—¿Quiere que le cuente la firme? —le dije, sin esperar respuesta—. Un día que yo iba en otro tren conocí a un señor de apellido Andrade y me preguntó si quería ganarme unos pesos llevándole un recado a una mujer del sur; de regreso, él iba a estar en la estación Alameda, esperando. Tenía que entregarle una misiva.

Hicimos el trato y parto y por primera vez en la vida al tocar un timbre se abrió una puerta y encontré a la persona que buscaba y ella leyó la carta y empezó a reír y se tomó la punta del delantal —coqueta—, y yo le pegué una patada y eso le gustó y cuando me encaramé al poste de la luz para hacer unas señales, puso los ojos en blanco y con el entusiasmo —como soy tímido—, no le pude decir que yo no era el que había escrito lo que estaba leyendo sino otro señor y al presentarme a su familia dijo que nos casábamos la semana siguiente y dijo que no estuviera preocupado que le había caído en gracia y yo con el remordimiento con el señor Andrade, pensaría que era mal mensajero al verme con los dos críos, pero eso no ocurrió y más tarde aclaramos el asunto, resultando que por carambola nos tiraron arroz a la salida de la iglesia, yo repartiendo saludos por aquí y por allá y apenas terminó la fiesta me entró la pereza y dejé bien en claro que por amor propio jamás le trabajaría un cinco a nadie, porque pulmones no hay de repuesto en Huachipato. Pero ese día de navidad al escuchar tantas historias de los Reyes Magos cargados hasta la tusa, se me metió la idea de comer pavo y hasta soñé un poco viendo la cara de mis ca-

bro y la vieja secándose las manos en el delantal y poniendo la olla a hervir para pelarlo mientras la radio decía "Noche de paz, noche de amor". Yo le expliqué todas estas circunstancias, que a lo mejor pueden ser atenuantes, al dueño del pavo, pero el señor Andrade no quiso entrar en razones.

LA TIA KI-KI-KI-RI-KI

Personajes:

Una anciana de unos 68 años, una gallina trinqué.

Lugar de la acción:

Departamento pequeño en un cuarto piso sin ascensor.

Cuando mi tía quedó sola se le puso en la cabeza llevar una gallina a su estrecho departamento apenas con un living-comedor-dormitorio y cocina de utilería. Ya viuda, después del ajetreo y fastidio del sepelio, hizo un balance de sus 68 años y llegó a la conclusión que sólo le quedaban algunos pequeños sentimientos como para cuidar animales menores y aves. Descartó la idea de un gato o un perro por el elevado costo de su mantención, pues ella misma tenía serias dificultades para alargar los 30 días, el miserable montepío que le dejó el general.

Le bastaba con bajar a la fuente de soda y pedir medio

litro de ese caldo de salchichas y gordas, grasoso, espeluznante, híbrido como aceite de carreta, pero más blando, como dulce de alcachofa y una taza de arroz, porción que repetía todos los días en forma metódica. Ya su cuerpo sólo tenía exigencias mínimas: respirar, mirar por el hueco negro de la única ventana, esperando la llegada de la muerte que siempre tarda en estas circunstancias.

Empezó a poner a prueba sus nuevos sentimientos —la soledad tiene extrañas formas de ramificarse— con una pollona castellana, insípida (de actitud), extranjera en cuanto a la reciprocidad de los afectos, desvaída y sonoramente escasa. Primero, el ave se paseó por la casa con insolencia, revisando los muros de la prisión, las armas de fuego del difunto, su retrato de cuerpo entero, arengando la tropa, rojo el rostro alcohólico y vestido de marinero con un pito en el bolsillo izquierdo.

En la habitación, dando un corto vuelo, podía chocar con libros fascinantes que fue conociendo página por página, como el *Salterio de Lindsay*, que el difunto usaba para planchar sus pantalones. Por último, se acomodó en un rincón junto al viejo globo de Martín Behaim, mirando con insospechado aburrimiento la repartición de los mares y la tierra. Mi tía continuaba dialogando con el difunto ya en la etapa de los cargos irremediables, inventando una segunda voz mucho más grave y sostenida y desenfrenada envolviendo el cuarto en una atmósfera explosiva aunque sólo una de las víctimas estuviera de cuerpo presente. Casi siempre la difunta era la encargada de quedarse con la última palabra. Ponía en juego argumentos irrefutables que su marido no podía rebatir en aras de la felicidad del matrimonio que se

había llevado en ese juego, 50 años. Cuando la gallina era consultada —sólo en pocas oportunidades— y no porque el violento cambio de palabras alcanzara su apogeo, miraba a la anciana con cierto desconcierto y beatitud: una demostración de serenidad esperando que le trajeran el maíz: el solemne puñado de 25 granos cada seis horas, dos veces al día. Pronto las dos personalidades comenzaron a chocar después de una mutua pulsación de las fuerzas. El ave en su afán por dominar el ambiente y moverse con más soltura en medio de ese mundo complejo y arbitrario; mi tía en su necesidad de imponer su criterio dominante, sus ideas recordando el precio del maíz como si cada 24 horas hiciera un balance para ver en qué sentido era favorable o contraproducente la castellana, equilibrando las entradas y las salidas, tratando de medir con ecuanimidad el propósito de seguir albergando este huésped difícil y poco condicional. Por su parte, el ave se movía dentro de un clima de dudas y vacilaciones, tratando de atisbar el futuro cercenado por la palabrería sin remedio de su propietaria cuando separaba la jornada de trabajo desde las siete de la mañana a las nueve de la noche con un breve refrigerio para retomar el hilo antes que el general saliera de maniobras como en esa foto. El intercambio de experiencias, tomando en cuenta la reducida cantidad de años de la gallina, no permitía un diálogo más equilibrado entre las partes, casi siempre la víctima era el ave. Siempre escuchando hasta que comenzó por cerrar primero un ojo y luego los dos, pero sin que esta actitud afectara en mayor medida a la señora que describía en forma minuciosa los detalles más increíbles de su noviazgo con el uniformado después de un rapto súbito. Pero otras sutilezas en-

turbiaron posteriormente las relaciones. En primer término, la decrepitud irremediable de la veterana y la juventud avasallante del ave, trizó, al parecer, la posibilidad de ligar con mayor animosidad las dos vidas. Por un descenso natural de la capacidad de asociación, la viuda realizaba trueques de frases cada día más desconcertantes. Cuando, por ejemplo, decía: "No hay ninguna sardina en el volador del disco", significaba que se estaba haciendo tarde, o bien: "Si una nube tuviera amor propio, hace tiempo que el candado prestaría sus servicios en el Registro Civil", es decir: "Nunca es tarde cuando la dicha es buena". En cambio, la gallina con su vulgar ki-ki-ki-ri-ki, apenas lograba sostener una conversación mediocre, rondando alrededor de la idea fija del huevo y sus derivados. La crisis podía estallar en cualquier momento siempre y cuando la rivalidad rebasara los límites de la prudencia. El ave optó por tomar una actitud más indiferente, sin recibir las ofensas, las malévolas indirectas como cuando le dijeron en una oportunidad que salía en forma misteriosa en la noche, usando de peluca un tricornio del general, aseveración mal intencionada que la víctima pudo aclarar, aunque con algunas dificultades. Por su parte, mi tía también lograba escaparse a alguna fiesta, creyendo que la gallina estaba dormida, acción que fue denunciada en su oportunidad para vergüenza de la anciana que optó entonces por empezar su tejido interminable.

Al margen de los roces, del choque de conceptos y conductas, se esparcía en el interior de la habitación un clima tenso. La verdad es que el ave, por esos irremediables artificios de la ley de las compensaciones, se parecía cada vez más a mi tía, con sus anteojos colocados a media nariz, la boca

estrecha aunque no cerrada, las orejas en punta, el pelo grisáceo desplegado en toda su magnitud. En cuanto a mi tía, era una gallina perfecta, levantada de cola, más bien ancha de ala, de pechuga numerosa, inflada, contando, uno por uno su maíz. Estos cambios no eran permanentes, sino fugaces, anárquicos: resultaba difícil comprobar cómo los rostros se acomodaban en circunstancias tan dispares corriendo el riesgo que tanto mi tía como la gallina quedaran de una sola vez con las dos indumentarias; pero esta situación no se produjo resultando evidente que cuando la difunta se convertía en gallina, respiraba el aire de un tiempo nuevo, sin recato, mirando de nuevo al general con ojos provocativos, incitándolo a desmontarse del caballo, ocupado en ese trance inmortal, mirando al fotógrafo con el mentón en alto y egregio. Mas al regresar a su estado natural, la anciana parecía soslayar esas temperaturas fuera de temporada, mientras el ave, rasguñaba el piso, sin finura, tratando de imaginar —pues jamás lo había visto— cómo sería un gallo que hablara su mismo idioma, joven, apuesto y con acciones en una fábrica de alimentos para aves —50 por ciento de conchuelas y 50 por ciento de afrecho.

Hasta que un día, con el escándalo correspondiente, la gallina puso un huevo, como una expresión de protesta suprema mirando el suceso con displicencia vengativa (nada se hacía en forma gratuita), aumentando la confusión reinante, el clima de recíprocas venganzas, que comenzaron a multiplicarse con la llegada de otros huevos y las plumas que volaban por la habitación ablandando el aire coloreado, jaspeándolo, con ese ámbito de ceniza para cubrir el movimiento de la difunta en su silla de ruedas, atisbando tales

nieves, otros círculos que empezaban a cubrir el piano de la familia, el sofá de las fiestas de otrora, la alfombra de los vales, la lámpara enrarecida por los fragmentos como si se tratara de una selva virgen en que cada día, la luz era menor y sus consecuencias, en que la voz de la difunta, al soltar el chorro perpetuo de sus palabras inútiles debía abrirse paso entre verdaderos túneles de plumas derramándose como vilanos, pegando un salto entre los libros o bien desenredando la madeja de lana inconclusa, como una casilla repleta de correspondencia en que hasta los recuerdos ocuparan sitio, en que hasta el aire se estirara, chocante, de elástico y la sangre, para flotar (en los dos circuitos opuestos y enemigos de la anciana y la gallina), subiera una escalera para que de tales alturas alcanzaran el rudimentario corazón y empujar, dar otro impulso a sus respectivas víctimas, ciegas, como si ya no existiera un lugar para respirar en el universo y siguieran cayendo las plumas, las plumas, las plumas hasta el extremo que las más blandas de las palabras, incluyendo la laboriosidad de los verbos, no rielaran como era su hábito, atascándose casi en la mitad del camino, es decir entre el origen de la idea y la mitad de la boca rellena de plumas para siempre sin sonoridad, envueltas en su desconcierto como si en realidad las dos difuntas caminaran, sin tropiezos, libremente, por el Paraíso.

50% MENOS AL ALBA



Personajes:

Un nochera, una mujer triste, un cliente y un beneficiado.

Lugar de la acción:

Una pieza azul de hotel con vidrios rotos pintados de amarillo.

Los que alguna vez en la vida han sido nocheros, con una luz amarillenta encima de la cabeza, durmiendo sobre el libro de registro del hotel, los que despiertan cuando el marinero y su mujer orilunda, coqueta, turulata, hace mover la cartera con la certidumbre de los 40 pesos, la media menor, las piernas a destajo, sin contragolpe, ese montón de 55 kilos que tiene forma de cono y pirámide y arco de salteo al tren del oeste, agria un poco y como si sólo le faltara la carpa para instalar el espectáculo: la pista de aserrín, sus mejillas elaboradas con carmesí, con betún de orégano y oro mientras dura el suplicio de colgarse a la billetera de la me-

dianoche y luego de bruces, antes de ser finiquitada esta herramienta todavía balbucea el bolero, la estridencia del amor que la está rompiendo, planchando, todo en complicidad con el somier de resortes rotos y disparate de tal suerte que la mujer sólo se dispara hacia un lado, digamos la parte frontal de los senos y el resto, el saldo del equipo se contraviene, se irrumba, queda de soslayo hasta que por la posición el marinero acomoda su velamen, sus venas y ya se viene de muslo, se va de contrapartida y dobla la boca y se queda pegada, para siempre, eternamente, en el contrafuerte de los labios, que irrumpen el ceceo, el manoseo del alma hurgando en el pasado allá donde están los hijos de nadie: todos son de padres solteros, de solemne subterfugios cuando el marinero la ahorca, la brinda de cortafuego, de arrecimo, de contra-puerta, de muslo que horada el olor de la piel y de cadera que va en zaga como buscando petróleo y sale un chorro no se sabe nunca de qué oquedades, sólo los vecinos pasajeros cuando saben que se despiden desde el muelle iracundo de la médula y una cuchara sopera les raspa el espinazo, el ancla, la orden de resistirse y partir, todo en rojo, como si cimbraran el abismo final de la muerte y la prostituta le busca el acomodo, el esquinco, el fulminante desvío, la carne que se encima a todas las posibilidades del peligro. En ese instante se suman los años, quedan fundidos alientos y sabores y dolores, y hasta los viejos se tornan líquidos cuando pasan a mansalva como huyendo de la policía.

¡Oh, Dios mío! es el placer, dice uno, efectivamente, afirma la mujer, notificando la acción, la ofensiva y luego se desmaya mirando el objetivo, la grasosa billetera sin nada adentro, sólo direcciones imposibles y el color y el olor nue-

vo, el precio del instante cuando piden una segunda botella y ya reideros, pusilánimes, estupefactos y convictos se confidencian la estatura menor de los sentimientos, el zarpazo que les dio la vida en un encuentro disparatado y luego descaminan lo que soñaron, hacen crujir, de regreso la escalera de otra forma, bajan de las pirámides, de la cúspide de todos los hechos esenciales, ambos dos boquiabiertos, sin destino y se despiden tomados de la mano, cada uno, con su vacío particular y ella va despedazando en la mente los 40 pesos: la taza, el cuello funisecular, la harina, el pantalón nuevo para el hijo de padre desconocido, el buque que ya está piteando en la rada, la oquedad del mar que hace temblar sus sorpresas como si fuera a partir sólo sin nadie adentro, apenas con sus olas y el ritmo escalofriante.

En otras circunstancias, es sólo el marinero el que parte, el que soluciona el pedido, el desenredo de ir despegando los senos, la colusión de los entredichos (desde los dientes a los recuerdos), el hombre que aparece en medio de las primeras tinieblas del universo detenidas en este cuarto miserable de hotel de cuarta categoría y lleno de hoyos alrededor con su correspondiente ojo vacío en cada orificio de los vidrios amarillos pintados con óleo al agua y se dispersa (el navegante) cumplida la misión, cero faltas, el oneroso ataque mientras la mujer arde aún, antes de armarse de nuevo, pedazo a pedazo, soplándole la ternura por el ácido contrapeso de la hora, en el último minuto de la madrugada cuando recién es una herida mojada y en torno a ese accidente se desenvuelve, mueve sus poleas, sus columnas, todo el artificio maravilloso de la vida al extremo que puede pulsar sus propios poros, sin ningún esquema previo, y luego po-

nerlos en orden con un sentido tan justo de la hermosura como para que su cuerpo camine de nuevo moviendo la cartera, fumando fuego, rastreando el hambre de otro delirio antes de abandonar la cama como un navío que, previo a la ceremonia de la bendición, todavía prueba sus maderas, sus clavijas.

En esos momentos, el nochera, en condominio con la ejecutante, derramada en la cama, puede salir a la calle, gris y vaporosa y decir, por ejemplo, que en el altillo tiene a disposición (de usted) una mujer de segunda o tercera mano, un poco inundada por el artificio del amor que le cayó encima como una desgracia y aún blanda, blanda y sancochada, con los ojos en blanco, puede mover su río, erradicar sus fuegos, el sostén de su sostén que es como el trapecio donde podría columpiar el resto de la energía para demostrar que una parte de la humanidad pisa en falso cuando ama fugazmente. Entonces sube la escalera, sin hacerla crujir y no se inscribe en el libro (porque está en complicidad con el nochera) y puede y debe abrir la ventana, todo dentro del mayor de los silencios y las complicidades que hace latir su rostro y su cuerpo como si efectivamente estuviera viva, sonrosada dentro del sueño. Y si después de algunos regateos, usted le paga una parte de la tarifa, con la rebaja correspondiente, puesto que los costos también son menores: menos consumo de luz, palabras y sábanas, usted, feliz, le da un abrazo apasionado y ella se estremece con economía, como un náufrago que primero separa una ola y luego otra sabiendo que tarde o temprano llegará el momento de estruiar el océano sin asidero, vacío, separando las aguas y sus infinitas transparencias, sin sentido.

Personajes:

Pasajeros de un microbús del recorrido Concepción-Coronel-Lota, mineros y ratones.

Lugar de la acción:

El fondo de la tierra.

Usted sube a el micro, y a los pescados a cuadro de cáñamo, grises están, brillantes fueron, un ardor de plata bruma, como cuando el viento suelta las sotanas de los océanos y entonces se arma ese enredo prolijo de las aguas, de las espumas: muchedumbres que van huyendo y se escucha, de fondo, el tableteo, los dientes con diente del mar hecho añicos con su correspondiente sopor y vaho sobre los habitantes de la noche y desfilan todos aquellos que van huyendo con la lluvia a cuestras, con un pedazo de agua que se dobla y tambalea, bandera raída y blanda con bordes agitados también por el acontecimiento del vendaval que no arrecia, sino al

contrario, apura sus bocinas, es decir, sus estruendos en medio del cielo roto. Usted también entra en las cebollas, en su clamor como si ese desorden redondo ya hubiera encontrado por fin su quietud, su nuevo estacionamiento como una campana que con la vejez de los años sólo permanece colgando, olorosa con su presencia callada y solemne apuntando los siglos, la vejez múltiple de los transeúntes arrugados por el agua. Se diría que son de cera, en los bolsones extendidos por los pasillos del armatoste antes que comiencen a desfilar los rostros de los mineros, sin escarpadura, como si de escamas se tratara ubicados en el orden estricto de los asientos, escalonados y seguidos por sus familiares luminosos por la sorpresa de la mañana, esos golpes que entran a los ojos para asaltar a mansalva el gesto, la indiferencia de las narices alineadas en su escalafón de rutina, con tanto platerío muerto encima de la cabeza, blancos sucios, empolvados por la densidad de la tierra y de la hora, la tierra subiendo, libremente por sus cuerpos antes de tiempo desde que nacieron hasta este preciso momento en que van regresando a la mina, en su más larga epopeya al aire libre sólo mirando las correntosas tajadas del Biobío, también plomizo que corre, que salta de un nido a otro con su mugre y peripecia, como si fuera amarillo el destello anterior que empuja las aguas y todos los ojos, entonces, pasan a través de sus aguas, pero sin caerse, y el regreso les paga con la misma moneda: se instala en los ojos, bate su molino, su estrechez de anilina en diti-rambo, diestro en la habilidad de quedarse metido en el ojo, contando su historia de tantos siglos, siempre igual, aunque más lento, y curvado el anciano río, masticando con debilidad el barro, el tiempo que pasó por su lomo endurecién-

dolo, haciéndolo escéptico y volátil, pasmoso y despavorido a la vez, lleno de asaltos y dudas. El Biobío sube hasta el carromato y examina las mercaderías por doquier: las habas ilustres y de cobre viejo en los extremos, como cuchillos fuera de uso, las pescadas blandas como señales de humo, tan extendidas en su muerte, con el ojo de gato preciso y casi rojo y el traqueteo, bruces en los vidrios, aúllos en las orejas cuando el sol de la mañana ya muerde su propio destello y empieza a rielar incompleto por los rostros de los pasajeros, salpicando, bullicioso en su contorno bronceíneo, dibujando algunos parches otras cicatrices, vaivenes de la vida, marco superficial y decoroso del hombre-topo, hombre-garra que lleva el mar de techo, que usa las olas de sombrero, la espuma de sol callado y seco, entremedio de la tosca y las tripas milenarias y centurientas, agujeros pertinaces de la luz y las sombras sorpresas que no soportan el resto del cielo y se ensañan en esta ceja, luego en ese labio casi torcido por el dolor de vivir en un cuadrado donde apenas entran las manos y sobre todo los huesos a la intemperie. Nadie hablaría en esas circunstancias, sólo entonces el ruido del motor mientras los rostros se enlazan por la velocidad de la hora apiñados para siempre en un solo montículo, para liberarse de pronto, con euforia cada uno, otra vez dentro de su marco y porfía para llamarse Juan Sepúlveda N.º 2.345 de la máquina contadora, sumadora y restadora de desdichas, un número marcado a fuego en la espalda, en el alma, mientras toda la sangre vecina se emparenta con el movimiento del carromato, como si los sentimientos pudieran llegar o alcanzar un solo nivel y también el dolor tragado, el hollín devorado a cambio del aire, de la esperanza de seguir respirando entre las

rocas, es decir, entre los cadáveres de todos nuestros antepasados que ya no son otra cosa que pura cáscara, resonando. ¿Quién vive?, grita uno en medio de la sorpresa, como si en el centro de la oscuridad sólo la respiración existiera alesteando, buscando la forma de encontrar una nariz, y luego un pulmón, formas rudimentarias de la existencia y después su metro de tripa, algo de corazón, un coágulo y en esta forma ir armando al hombre que está yaciendo al azar, debajo de su lamparilla de luz polvorienta, que no esparce sino un foco como la primera luz del mundo, hablando a tientas en medio de las tinieblas, con la obligación de ir desnudando los hechos, las tragedias de las explosiones, cuando ya armado el conjunto: la certeza de una piel y todos sus atributos, estallan, bajo el mar, los acantilados, los carbones, los gases del cielo y del infierno y entonces vuelan otra vez las trituraciones, los fragmentos, de tal suerte que si usted viene llegando a esos escenarios recibe en sus propias manos los homenajes: troncos mutilados, ojos a medias, brazos en esguinche, cabellos ramificándose, dedos sin piano, dientes sin plato, sombras sin asidero. Mas la porfía de la existencia, insiste entonces y vuelve, con el coro del fondo del mar en la cabeza a restablecer el orden, dentro de tanta orfandad, el llanto o mejor dicho la crujidera de las viudas, los ayes de sus negros azafranes y campanarios, el rojizo estandarte de sus rodillas, de sus ovillos que se revuelcan por la arena clamando movimiento para el fallecido, para el triturado, y el muerto sólo atisba un poco de serenidad en medio del caos, como si fuera una máquina esperméntica, truncado en su raíz, con los sentimientos (la ternura y el amor) que se le derrama por la herida como un vulgar río de esos que usted lleva en

el alma y se va el ser humano por esos oleoductos, se ausenta para siempre lento y llorado en medio de las flores de papel, del incendio de los llantos que tratan de pegarlo contra su muro y su bandera: porfiar por su niñez en primer término, en el último piso de su casa y luego el sopor, la columna vertebral quebrada en mil pedazos, pero como insinuando el velamen de otra orilla que no podrá alcanzar y, sin embargo, alguna vez estuvo presente en el rescoldo de su destino, arrimado a sus hijos, como un viejo madero ruinoso al atardecer y al amanecer ahí crujendo de impotencia, ganando nada a cambio de ese cuchillo que cada 14 horas le raspa los huesos y lo va haciendo pequeño, un punto, la señal que sale del mar como si se tratara de un aparecido al que todavía le quedan unos dientes para morder los días, un peso para hundir la sábana negra.

Una vieja cae en el camino y patalea en el aire y los pasajeros contestan con un coro de risas y todo el estruendo del micro se estremece de nuevo y las carcajadas estallan, salen de una boca para entrar en otra y la anciana agarra su montón blanco y negro y mira de soslayo y comienza a desprenderse del polvo con la mano: atrás, una nubecilla que entreabre sus arrugas.

Vamos avanzando, se puede hacer un cambio, torcer las fuerzas, equilibrar la velocidad, apurarla, apretar el acelerador y el cemento se va, etéreo, no fijo, como si usted estuviera subiendo y no bajando y se sienten caer al suelo hasta los recuerdos, los pinos de Escuadrón, rodeado de los otros árboles compactos, impenetrables de paso, moteándose de un color ladrillo en la punta, la casa del maquinista soplando el humo del cielo y hay el caballo de siempre en la colina, del-

gado, flautista, fijo en su melancolía: una lámina donde se notan las escalonadas costillas de acero, las crines de fierro, el origen descomunal de sus zapatos de barro y agua y el resto de la carrocería jaspeada por el sudor y el uso del trabajo tal como los mismos mineros porque la explotación deforma las ancas, los belfos, crea tales contornos que hace de un caballo una rueca, de un hombre, un pozo sin señales, y cambia su sombra en vida, se le vienen encima los años y lo deforman, guardabajo, se hace batifondo de extravagancia, se corroe, trizándole el hambre y se transforma en lo primero que encuentra, tarro viejo, ancla vendida en el Mercado de las Pulgas.

Partido en dos el océano, el minero avanza, raudo, trajinando por el hollín y su copiosa nieve que es como si anduvieran también poros sueltos por el aire (otro síntoma del origen de la vida) y avanza bajo el agua, entre las aguas, en la profundidad del mar: se diría que los mineros son de cáñamo cuando las casas grises comienzan a sumergirse en Pueblo Hundido, todo queda sepultado en esas calles, la mayor altura es la de los tobillos y entre tobillos hablamos, usted ve los pequeños soles derribados y duros, usted sólo ve esas monedas sin herrumbre aún, esas ruedas que costalean el saldo del esqueleto y allá abajo el resto de la casa, una mesa a la altura de la fila de los primeros muertos y la única cama flotando en la oscuridad perfecta de la tierra. Negro es cada vidrio que no existe y el humo rebasa su postura, el andarivel de sus postraciones tocando fondo, aquí en medio de los rostros y los fuegos a tal extremo que algo pasa por sus tuétanos, medio a medio, para entender las señales de estos sobrevivientes, mientras el micro abre estas espesu-

ras en dirección del pique tercero pasando por la playa donde flamea Recabarren. Ya no está: sólo se le ve de vez en cuando, cuando baja de la montaña a tomar agua y es útil su sombra, aún, cuando cae de nuevo al mar y suena en la espuma, transparentemente, y entonces traquetea su palabra, en cada una de las gotas y cuando pasa el carromato en esta mañana de verano se hace escuchar: —Soy Recabarren —diría el mar, y el coro no se aguanta: suelta su campanario como en la celebración cuando parten los mineros de Lota y Coronel y chocan en la mitad del camino y traen los estandartes con terciopelo y oro y el líder se sube a la montaña y habla desde esas alturas y por fin se va de nuevo al mar y se ausenta en el vaivén azul hasta el otro año y cada pasajero lo recoge de pasada, usted no puede evitarlo, está ahí, íntegro, latiendo en el aire y al dejarlo atrás no se empequeñece con la distancia, el ojo no lo niega y su recuerdo coincide con su imagen, clavado en la pupila de los siglos.

2

REPORTAJE

Periodista.—¿En qué circunstancias fue usted advertido del problema?

Minero.—Al bajar al pique número 33.

Periodista.—¿Y por qué no al número 47?

Minero.—Porque como todo minero soy supersticioso.

Periodista.—¿Ha pasado alguna vez debajo de una escalera?

Minero.—Nunca; allá abajo no usan.

Periodista.—¿Cuál fue su primera reacción al conocer las proyecciones del asunto?

Minero.—Me sentí desconcertado.

Periodista.—¿Usted es ateo?

Minero.—Claro.

Periodista.—¿Cuánto tiempo hace que dejó de creer en Dios?

Minero.—Desde el mismo día en que bajé al pique.

Periodista.—¿Qué es un pique?

Minero.—Un lugar donde uno entra vivo y sale muerto.

Periodista.—¿Su palabra favorita?

Minero.—Aire.

Periodista.—¿Considera usted que la medida tomada por la empresa es un poco deshumanizada?

Minero.—Yo tengo la ficha N.º 2.126 y los demás tienen otros números hasta llegar a 4.357. Nadie habla de humanos, sino de los números. En este instante, el 748 está enfermo, el 2.357 fue padre otra vez, el 3.779 anda en las tomas.

Periodista.—¿Usted de quién es más amigo?

Minero.—Del 357 y del 4.199 que es mi cuñado.

Periodista.—¿Piensan hacer algún reclamo?

Minero.—El 2.236 habló esta mañana en la asamblea y dijo que se estaba estudiando el problema.

Periodista.—¿Usted cree que la asamblea se pronunciará a favor o en contra?

Minero.—No se sabe todavía porque las cosas se pueden enredar con la huelga.

Periodista.—¿Qué opina de Gagarin?

Minero.—Lo vi en una foto, parecía libre: sin número.

Periodista.—¿Cuántas ratas, exactamente, hay en este momento en el pique?

Minero.—4.357 obreros; 4.357 ratas.

Periodista.—¿Quién se encarga de contarla?

Minero.—La Comisión de Ratas.

Periodista.—¿Quiénes la integran?

Minero.—Los encargados de relaciones industriales de la Empresa.

Periodista.—¿Cuánto dura una rata?

Minero.—Depende del minero.

Periodista.—Pero para informar a los lectores, para que tengan una idea...

Minero.—Con suerte, si le toca uno sin silicosis: un año...

Periodista.—¿Y después?

Minero.—Le ponen una de repuesto...

Periodista.—¿Considera que esta resolución de la empresa lesiona la moral de sus compañeros?

Minero.—Sí y no.

Periodista.—¿Por qué?

Minero.—Porque no hay mucho que elegir.

Periodista.—Entonces usted está de acuerdo con la medida.

Minero.—Los hechos son los hechos.

Periodista.—¿Cómo identifica cada rata su minero?

Minero.—Se produce, ¿cómo decirlo?, una especie de

amistad, entre el animal y el que saca las piedras de carbón; se conocen desde lejos en la oscuridad.

Periodista.—Y si un minero pega la fallada, ¿qué pasa con la rata que tiene que alimentar?

Minero.—Espera; son pacientes, por eso son ratas.

Periodista.—¿Y no se da el caso de ratas glotonas?

Minero.—Tienen un orden interno, se nota que son disciplinadas. Si ocurre eso le llaman la atención.

Periodista.—¿No puede la organización de ustedes exigir que la empresa coloque alcantarillado?

Minero.—Sacaron las cuentas y no les convenía. No se olvide que vamos cuatro kilómetros mar adentro...

Periodista.—Entonces surgió la idea de las ratas.

Minero.—Sí.

Periodista.—Hábleme de usted y su rata.

Minero.—Bueno, es chora; pero sabe esperar y se pone a mi lado cuando estoy descascarando el muro...

Periodista.—¿Son amigos, entonces?

Minero.—Amigos, amigos, no. Pero las circunstancias obligan a muchas cosas...

Periodista.—¿Usted se la llevaría a su casa?

Minero.—Para qué, si allá hay W.C. Colectivo, pero hay.

Periodista.—¿Son de carácter parejo los animalitos?

Minero.—Depende, como no ven nunca la luz, tienen el oído muy sensible. Por eso lo distinguen a uno, por los pasos. ¿No ve que ningún cristiano pisa igual al caminar?

Periodista.—¿Cuándo nota usted que su rata se pone más contenta? ¿Cuando llega o cuando se va?

Minero.—Cuando me voy; ellas también aprecian la libertad.

Periodista.—¿No considera usted que realizan una labor repugnante?

Minero.—¿Quiere que le conteste que sí o que no?

Periodista.—Ojalá me contestara que sí.

Minero.—Hacen un trabajo como cualquier otro y le pagan menos de lo que ganan: eso salta a la vista...

Periodista.—¿Le lleva usted algo de sobras?

Minero.—Ojalá pudiera hacerlo...

Periodista.—¿Pero si tuviera la oportunidad?

Minero.—Lo pensaría. Hay, además, un acuerdo de la organización.

Periodista.—¿En qué sentido?

Minero.—En el que cada compañero tiene que cuidar su rata para proteger la salud de los demás...

Periodista.—A lo mejor se va a molestar con esta pregunta, pero quiero saber lo siguiente: ¿se le pega algo del carácter del minero a la rata que le tocó en suerte?

Minero.—Por supuesto que sí.

Periodista.—¿Cómo se nota?

Minero.—En que la rata es más blanca.

Periodista.—¿Y ahora, que pasará con la huelga?

3

El minero entrevistado regresó a su número, saltando los cordones de la grabadora, los hilos del micrófono y la cinta magnética que todavía continuaba girando, sin sus pa-

labras, mientras el obrero con la luz en la frente (sólo se distinguía el rollo amarillento del haz que llevaba en la cabeza) se incorporó a toda esa masa de números bullentes, casi todos iguales, como si colocaran en ese instante en fila sus rostros negros, con las ranuras de los ojos y la boca —heridas blancas— y no hubiera otra identificación que latiera sobre la tierra que su edad y su infortunio para luego entrar a sus túneles familiares caminando todos con los mismos pies, como un bloque de grandes proporciones, humillado hasta la médula de los tuétanos. Entonces los mineros del último turno comenzaron a cerrar la oscuridad, el pique, de acuerdo con la directiva de la organización.

Se había iniciado la huelga.

Era la hora del crepúsculo cuando el hollín ya está terminando de enturbiar las nubes, los árboles, el intersticio de los dientes y los vidrios y las uñas, cuando todo el aire lleva una porción de arena negra y los colores de la tarde dan la sensación de estar mezclados con agua sucia de lavadero y en el fondo del horizonte emergen las chimeneas con humo sólido, pegado al viento que no se mueve.

A los pocos días un nuevo rumor comenzó a recorrer la ciudad como bajo cuerda, igual que una sirena de alarma sonando trapicada, con algo de agua en la garganta ululante.

Esa misma tarde se reunió la organización.

Dijo el 3.456:

—Hemos echado sobre nuestros hombros una enorme responsabilidad. ¿Qué haremos con las ratas, quién las va a alimentar ahora?

Entonces se inició el debate (que el reportero también grabó) cuando las voces tocaban los muros: el pobre hom-

bre que somos, compañeros, el sudor de menos que tenemos, ahora que estas ratas morirán de hambre o invadirán la ciudad, compañeros, no somos responsables y no bastó la infamante necesidad de tenerlas a nuestro lado, esperando, como si el proceso biológico no terminara ya en forma natural y victoriosa, sino que los pobres alimentos, compañeros, aún tenían que rendir una última utilidad como si las ratas fueran la prolongación de los eslabones finales de la civilización, del progreso de la especie para ahorrar unos pesos a la compañía mientras se escuchaba el rumor de los dientes de las ratas, dando una señal de alerta, reclamando su derecho a seguir pululando debajo del mar, el último residuo del movimiento de la acción y el desplazamiento de vivir, y sin embargo, necesarias, como la muerte, dando saltos vengativos, alistando sus herramientas porque esta vez no estaban dispuestas a devorarse unas a las otras, como si el hábito de haber elevado el nivel de su magra alimentación les hubiera dado ínfulas supremas como para desbordarse por los cerros mineros con una trituración amarilla, poco saludable, golpeando la oscuridad, perforándola, acribillada, hirviendo, pero con una tonalidad nueva que no era bulliciosa, sino apremiante, con una cautela irreverente, pero cáustica, sintiéndose que desde el fondo de la mina, las últimas ratas presionaban por subir, como si su ulular ya no fuera recto, sino circulante, estremecedor como miles de partículas de metal que iban cayendo a un horno de 2 mil grados y esas chispas se convirtieran en ruidos, gritos incompletos, espantados de su garganta de lana, dispuestos a comer, a comerse todo cuanto caminara y estuviera caliente, sin importarles la forma que los sobrevivientes tenían, en ese instante cuando comenzaban

a vaciarlos, ahora torciendo esa ley discriminatoria que por el solo hecho de ser ratas las llenaba de basuras, sobras de la condición humana: lo que queda del amor cuando se hace el amor, lo que sobra de la energía cuando luchamos, cuando, compañeros, abrimos la boca y desde ese instante, como el pobre bolo agrio, dulce, gustoso, amargo, trágico, de piedra, fuego y agua entran en función todos los sentimientos, la verdad y la mentira y las contradicciones más bellas y absurdas, compañeros, y somos como el espejo donde se mira la acción, el movimiento interno que nos permitió tirar las aletas, las gualetas, la capacidad para nadar solos después en nuestra sangre y construir la sociedad —compañeros— comiendo y evacuando ese residuo que ahora las ratas reclaman con su coro chirrioso, brutrifrante, brabretrífico, trotrinégrimo, cuando el aire ya estaba lo suficientemetne blando con su aguja desde el fondo del pique, cuando se derramarían con la fuerza de un río frenético, este ejército gris, que viene subiendo y bajando por los árboles y los almacenes, triturando las mangueras de los bomberos, comiéndose el cordel de los badajos de las campanas de las iglesias, perforando los sacos de harina y maíz, metiéndose en el agujero de los quesos en el fondo de la más completa ironía, sin probarlo siquiera, sino llevados por un afán implacable de transgredir la posibilidad de que el hombre, su socio, su dependiente, también dejara de comer y se igualaran en la desdicha de sentarse en los bancos de la plaza pueblerina, cruzados de brazos, leyendo un viejo diario en blanco, vendidas las cucharas, empeñados los platos hondos y planos, tirando al mar las ollas, y la esperanza de sobrevivir, jubilados perennes, mustios ancianos, que somos, compañeros, de la vileza.

—¡Los ejecutivos de la empresa se fueron! —notificó el 2.347 llegando agitado con la información—. Dejaron un representante que no sabe nada; está atrincherado en su oficina llamando por teléfono y nadie le contesta —dijo.

Porque las madres, compañeros, están ahí —(la versión de la asamblea se seguía grabando)—, sujetando el portón, con sus hijos hecho un ovillo, esperando, y yo pregunto ¿esperando? ¿qué?, ¿compañeros?, ¿que nos vengan a devorar cuando sabemos que la compañía tiene otras diez mil ratas para lanzarlas contra nosotros si no aceptamos la contrapuesta de ellos, compañeros, y yo pregunto si esta decisión está incorporada al código de la ética humana, a los acuerdos internacionales de Ginebra, cuando la desolación del hombre llega al extremo de iniciar el éxodo, señalarle a los más viejos y a los más nuevos el camino de la salvación, sin mordeduras venenosas, mientras continuaba el debate y el rumor aumentaba en su distorsión: todos los dientes de las ratas ya finos como alfileres, removiendo el hollín del pique negro, preparando el terreno para invadir las bocas y despedazarlas, para irrumpir en todo el cuadro de la conformación biológica de los 80 mil habitantes acosados, con sus estandartes de oro, indefensos, amarrándose a este nuevo derrumbe, cada uno agarrando la pala, la carga de dinamita como para volar el pique, suelta por fin la sangre sin atenuantes, en una batalla en que se derrumbará la tosca tripería de los viejos araucanos petrificados en las laderas de la mina, despertando con la lanza en la mano cuando invadían al enemigo y sigue el martilleo acompasado, sumándose a las órdenes dramáticas de los comerciantes tapiando sus negocios, mientras los altoparlantes daban las últimas instrucciones, las mu-

jerés primero, ¡sálvese quién pueda! y alguien estaba limpiando un vidrio con un diario seco y las uñas largas y los gritos: "Ya salieron, ya vienen, las vimos con nuestros propios ojos", con esos miles de pasos de lana sobre la piedra y la arena, suaves y agrios, meticulosamente abyectos mientras los 4.357 mineros tomaban el acuerdo de abandonar la asamblea encaminando sus pasos hasta el pique con la carga de queso necesaria, con los rostros de lata, tensos, compañeros, vencidos por la necesidad de seguir escarbando la entraña de la noche, el coágulo sideral de las estrellas muertas, de las lágrimas endurecidas hasta el origen del agua que puede existir, sin justificar para nada dolor alguno, mientras las ratas empezaban a devorar su porción de alimento ilícito y a la vez el más honesto y puro que habían recibido en su vida, disminuyendo luego el rumor de su hambre saciadas, tristes también, como pidiendo que alguien entendiera que ellas tampoco tenían la culpa, que el hambre era la primera y última condición de las ratas explotadas por el solo hecho de ser ratas con un fatalismo letal, sangriento y por eso hacían sonar los dientes como si estuvieran devorando una enorme porción de goma silvestre, con sus dientes como la aguja de una máquina de coser a toda carrera, entonando, en conjunto, ese himno torpe, con el mismo restringido hálito de paz que existe a la hora de la liturgia en las iglesias cuando los pobres ceremoniosos seres permanecen de rodilla con la boca abierta esperando la hostia.

CALCULO DE POSIBILIDADES



Personajes:

Un hombre y una mujer.

Lugar de la acción:

Una pieza con tres espejos.

Es un hecho que la pareja humana desnuda no puede reproducirse en tres espejos a la vez. Uno queda en blanco, silencioso: no acata la orden de la imagen, expectante y furtiva.

Si el hombre y la mujer enfrentan el espejo del medio, el último es como si fuera de cartón, rechaza cuanto puede imaginar, soñar, denigrar, convertir. En su ojo nada delira, y todo tiembla en cambio con esos fulgores del fuego mudo cuando iza su crepitación tan numerosa que al medio tiene una herida, girando. En cambio, el primero devuelve la imagen como el original, aunque con algunos cambios, motivo de otras tramitaciones. Resulta evidente que entre la ima-

gen y el espejo algo queda reducido, dudoso, impertinente, en su acecho, marcando un límite que con toda seguridad no es el verdadero.

Todo depende de la ocupación de los senos de oro de la mujer y el pecho varonil del galán con su erupción de musgo al medio del cuerpo como si efectivamente se tratara de la decoración propia de una medalla conmemorativa.

Si la pareja se abraza, el movimiento, de un solo salto se dirige a toda velocidad en demanda del primer espejo: es un enredo de bocas y muslos iguales de tal suerte que hace dudar de otras interferencias. Aquí entonces, la imagen no desprende más escollos y esbozos de hermosura bien en su deidad mítica, bien en su prolija articulación ovillándose en el volcán del sexo que irrumpe biselado y completo.

La oscuridad queda de fondo, como si se cuajara con lentitud en medio del delirio de los asaltos, de los estallidos, del castigo secular de los músculos cuando el cuerpo es como una pirámide, fragmento de atisbo de otros universos, arracimados entre sí, por la costumbre del abismo cósmico. Este tipo de imagen cambia pronto de lugar y desplazamiento a la velocidad de la luz, tocando aquí, allá esos poros, y esas olas ocupan casi todo el ojo del espejo para quedar, de nuevo en blanco, sin palpitación.

Si la imagen de los cuerpos entrecruzados repercute en el segundo espejo, en el tercero sólo calza un fragmento; bien un gesto que atisba, aislado por lo general del resto del conjunto: es decir, señales, pruebas de concomitancia, del esplendor del placer dibujado tan plenamente que no tiene forma en su contradicción y por eso elige la imagen de la mirada para alcanzar el ojo y borrar toda huella y distinción

y hasta disturbio en la escena que tiene que saltar con su bagaje completo.

En el primer y tercer espejos —valga la redundancia— se reproduce otra confusión de sombras de modo que nadie ya puede determinar con precisión si la pareja todavía liquida sus entelequias, bifurcada, horizontal, ora en su mecánica soplándose, ora en su preludio mortal dando los saltos en el vacío correspondiente y que no tiene eco, solvencia para erradicar la sorpresa del placer (lógicamente el dolor del placer); se diría una foto internacional enviada por el tele-tipo con rayas que no calzan a la perfección en absoluto y en cambio enturbian la presencia de la sonoridad del espejuelo y su escenario completo. En todo caso, una de las imágenes clavadas entre sí llegará a su destino, la otra perecerá aún sin insinuarse siquiera en el espejo N.º 3, como la idea de un hijo que puede recorrer todo el sueño de una madre y pasa de largo en la noche con su acopio de agravantes y descargos, soplo al fin.

La carrera tiene lugar en sordina, tal como si un pez de fuego irrumpiera de súbito en el espejo de agua y disparara para todos lados su velocidad, su ira, trepando, escalando, zambullido en las otras aguas que lo circundan, clamando a voces su inocencia, su estupor de abrir el aire de la imagen antes de empezar a clavarla en definitiva en su cruz, es decir, en el espejo N.º 1.

Si las bocas de la pareja humana se reúnen en los espejos N.º 1 y N.º 2, se buscarán en vano en el espejo N.º 3, que permanece vacío como la parte de adentro de un golpe, cansado de complicidad, agobiado por el peso de la conciencia y en la confusión, se lo podría ver a la vera de su plata,

con la imagen dudosa como si la llevara en el interior de una maleta, esperando una mejor oportunidad con la paciencia de un pescador, con la tregua de un anciano, es decir, listo con su brocha y la escala y sus utensilios de trabajo —el oído en forma especial— atento, pero frustrado con la posibilidad de salir y llegar efectivamente hasta el espejo y decir su discurso, su líquido, su dibujo, su imagen corrida que la vienen asaltando, en el abismo supremo de la cama.

Si un cuerpo de la pareja humana se funde en el otro frente a los tres espejos, es como si se produjera un campanazo con un fragmento de menos, una mueca de campana, entonces y las sonoridades son sólo subterráneas, más bien remedos del mandato mayor.

Si un cuerpo de la pareja humana se funde con el otro en forma definitiva, es probable que los espejos N.º 1 y N.º 3 reproduzcan el suceso a ocho columnas con algún título escandaloso, pero dejando también la posibilidad remota que el espejo N.º 2 continúe escuchando a la expectativa, como un niño que estira la honda y espera la mejor oportunidad para hacer vibrar los elásticos y lanzar la primera piedra contra cualquiera de los tres espejos donde él se mira haciéndose la puntería, con un ojo cerrado.

UNA HISTORIA DE AMOR

Personajes:

Cerón, Isolina, *Guata e'Lápiz*.

Lugar de la acción:

Botadero de basura, no muy distante de un ministerio.

La mosca contra el sol era verde y azul, más verde que ocre y también con un tinte rojizo en movimiento temblando confuso: es decir, un diamante ardiendo en pleno desvarío.

Las otras moscas moscas moscas moscas del basural cambiaban ese orden, bien al derrumbarse desde las alturas de los verdes más deslumbrantes hasta los amarillos siniestros con toda una gama de desórdenes de por medio, con oportunidad para un rojo ambarino y ambiguo y tiznes en tonos apagados en que no estaría ausente, por ejemplo, el concho de vino y el verde agua, el verde nilo, el verde esmeralda.

Las gemas se ramificaban redondas y cuadradas y los otros oros, los distintos oros parecían perezosos dentro del hervor general, levantando una sombra, un techo casi líquido aunque no tanto sobre el lugar en los suburbios de la ciudad.

Los desperdicios reunidos a lo largo de cuatro kilómetros cuadrados como un inmenso pastel de mil hojas (maligno, flotando suelto), todo el desperdicio de la felicidad y el dolor humano acumulado entre las moscas-sílabas, las moscas-mordiscos, las moscas-avispas, las moscas aterradas y tornillos husmeando el olor verde y póstumo traído y llevado por el viento y los garfios de los cachureros, basureros, estercoleros, que se ganan la vida juntando huesos, cartones, vidrios, botones, cartas de amor en desuso, colchones destripados: el síntoma oculto de la existencia, la trastienda de las sobras, el saldo innoble de la gran ciudad.

Cuando Cerón comenzaba su trabajo en el extremo sur del basural, rompía el equilibrio de las moscas que se desplazaban en grupos distintos, agrupándose en diferentes llamas secas, corroídas por el peso del sol cuando las mujeres seguían nadando, bogando, envueltas por otras nubes negras y aparecía, de pronto, Isolina en un extremo y las moscas altas, divididas, era la señal que otro ser humano se estaba incorporando a los miasmas, al aceitoso vaivén, al oceánico buque de alas de aluminio.

La carrera de la joven pareja resultaba inevitable: resoplaba el colchón espumoso, crujiente y a la vez suave de la basura y el movimiento del ritmo de la mugre tenía algo de etéreo bajo los pies de los enamorados. La desesperación por abrazarse enfurecía las moscas que miraban pasar por los pequeños cubos de vidrios de sus ojos: el muchacho y su mu-

jer alzando los brazos sin poder juntarse nunca, envueltos por el vaho que casi manchaba la única tonalidad limpia del aire tapando el sol y el resto del mundo y el suburbio de la Candelaria.

Aún ya mirándose para iniciar el eterno juego, las moscas no lograban rehacer su furtivo trabajo devorador, en medio de los papeles y el saldo abyecto de la condición humana creando una especie de color inexistente, tan rápido que no podía ser captado y que, sin embargo, se desplazaba a velocidad cambiante, atemorizadas con ese campanileo de los vuelos en masa: un sol rabioso y negro sin duda pintado por Van Gogh en una noche de locura con ribetes espesos que se incrustan en la piel y en la alta copa de los árboles y en la rueda de los autos circulantes en forma de haz, y de pez, de sacrílego encono, un mordisco a mansalva en el ojo.

Y si la pasión llegaba al extremo, como ocurría con frecuencia, dejando caer una lágrima en la cara de Isolina, era rápidamente devorada por las moscas que se encimaban formando una cinta no muy ancha, pero excesivamente larga y encima de los insectos rabiosos se instalaban otras moscas, armadas con la prolijidad de las arenas del desierto o como las gotas de un océano que de pronto se quebró movido por el viento y entra en dispersión, y dentro de tales circunstancias reinaría el caos, toda la gama del desorden, temblorosamente.

Se amaban desde niños. Tenían que llenar dos sacos diarios de basuras y ahora estaban reuniendo el dinero para comprar el carrito de mano; escondiéndolo bajo una piedras, protegido, también por las moscas. A mediodía, dejaban de trabajar para ir a la Vega y robarse de paso alguna fruta,

comprar un pedazo de pan hasta que un día que habían entrado a un almacén, en el momento de salir arrancando se les cayó una ruma de tarros de conserva y las latas comenzaron a rodar. La carrera, en medio de los duraznos y tomates y hasta los zapallos, y el grito de las señoras terminó cuando Isolina y Cerón quedaron acorralados junto a los puestos de mariscos.

—¡Arranca, Isolina! —le alcanzó a decir el muchacho en el momento de separarse por primera vez en la vida. Ella quedó como ciega, sin oído y movimiento mirando cómo la imagen se adelgazaba por completo al final de la calle barrida. Con el tarro en la mano, Cerón fue llevado a la comisaría para que confesara “soy huérfano y nada sé del resto de mis ocho hermanos”, todos vagos, usted conoce el asunto, mi madre lavandera, el padre borracho, salir a pedir la limosna, y primero se fue mi hermano mayor y luego el otro y el otro hasta que no quedó ni uno solo, todos perdidos en las calles y la miseria y el abandono.

Isolina, como todas las noches, preparó el fuego bajo el puente y se puso a esperar con sólo la mitad de su cuerpo, vivo, mientras los humos arrastraban la espesura de la noche. Intentó dormir con un solo ojo, midiendo el peso de la oscuridad y también su peligro: sombras nuevas para ella, sin protección. Los otros desamparados la dejaron encorvarse alrededor de las brasas, casi al alba, rendida por el sueño y después juntó su saliva con la ceniza y hecha un nudo intentó esperar el día, escuchando el chapoteo de los pasos negros caminando sobre el río sucio, cada uno buscando su último refugio y cuando por fin cerró el otro ojo, comprendió que era demasiado tarde: el “Guata e’Lápiz” ya estaba

encima, la espuma separada de la boca y los dientes astillados, intentando crucificarla en el escombros de las últimas brasas y el corto lecho del río. El la estuvo golpeando y gozando con su risa de caballo, con sus gritos de tigre, con sus maullidos de ratón, con su vocinglera astucia de zorro estrujándola cuanto pudo como si la tarea consistiera en no dejar nada de ella, pero sin que muriera: sólo el aire necesario para que se parara de nuevo y armarse reuniendo la vejación, el desorden, tan amplio de su cuerpo y los cabellos azotados, inútiles y sus uñas sangrantes.

Cuando empezó a llegar la mañana buscó una sombra dispuesta a morir esperando las nuevas luces como detrás de una pesadilla que girara por encima del puente donde desfilaban de nuevo los camiones y los transeúntes, andando el camino de todos los días, mirando las aguas sucias del Mapocho y aun esas sombras no levantadas de los pelusas y otros residuos pidiendo a gritos un pedazo de pan.

—Cerón, fue así como te estoy contando, no te rompas la cabeza contra la pared, ¿por qué te muerdes las manos, la espalda, las tripas? Deja de derretir ese fierro, de un solo golpe has desinflado un caballo, mordiste una estrella, cómo tuerces la mano del mar y de una pala, soplando, haces un cuchillo. ¡Cálmate, huachito!, si sigues rugiendo no podrás escucharme, si sigues bufando no conocerás los detalles, cuando yo estaba alrededor de la ceniza, también lo mordí, pero no quiso soltarme, bajate de esa nube, aterrizas, cuelga tu bozal, tu aceite hirviendo, tu gula de tornillo candente, ven y escucha como antes, cuando en las noches me decías que eras bueno y ahora vas al basural volando, apenas puedo seguirte, y las moscas se separan de nuevo en abanico por la

violencia del peso, forman un hongo puntiagudo, chocan, estallan descentradas por el huracán humano porque Cerón tu cabeza va como una cuadra adelante y luego pasa el resto y al final la mano que lleva el cuchillo, tal como la noche que persigue al día, pero sin que se adelanten, y ruge Cerón, agarrado de los barrotes de la tarde, es de fierro el aire, los lingotes del viento y se mueven los gelatinosos decretos municipales, los archivos resecos de los montepíos, las horas del hombre perdidas en el mar de las estampillas inútiles, de las sillas solitarias, de los estacionamientos catastróficos, cuando subió y bajó y volvió a subir un número, una suma y una resta y la multiplicación de su desdicha al por mayor, sin hora, y volvió a repetir no su nombre sino su horario, su número inconfundible y el archivo en el cual estaba toda su vida, desde el primer vagido, tiene que desaparecer si no paga la coima y es don nadie, sentado en la intolerable silla de la tramitación humillada. Pisa Cerón todos los recibos de defunción, la confirmación oficial de la muerte mordida por las moscas, las letras del sueño dorado de la *casita propia* y las moscas vuelven a abrir sus impresionantes vitrales, ese sopor de sus tonalidades que estallan como si se tratara de un pútrido juego de artificio, en que cada tono es como el trasluz de la frustración y del fracaso rotundo, carcomidos por los colores de sus alas pegadas con cola de carpintero.

Cerón no levantes tanto el cuchillo. Isolina sígueme si me quieres, sígueme, las dos sombras planas y magníficas motorizadas por la ira y la venganza, torvas y casi sanguinolentas por presunción, cada paso abriendo un nuevo olor, un distinto tono entre las capas superpuestas y las hendiduras del miasma, una nueva náusea. El Guata e'Lápiz se dobló al

verlo, desde lejos y al hacer un gesto de rechazo, las moscas lo dejaron libre y sin aureola durante unos segundos, para luego caer sobre él como si fuera granizo que rebotara en el peligro mientras Isolina esperaba arañándose el dolor y sólo las moscas entorpecían el silencio, el movimiento titubeante de los dos cuchillos, Cerón, como un remolino, esperando el asalto y su contrincante haciendo más exagerado el sopor de la basura humana, mirando desde dos metros los ojos, el mutuo aleteo de la nariz, la saliva corriendo por las dos bocas y las moscas a la caza de la víctima husmeando el final de la muerte, el color de la sangre que ya estallaría fuera de las venas mientras los cuchillos, sólo los cuchillos se acechaban, cada uno detrás de la mano para tan distantes del cuerpo, nervudos, ciegos, temblorosos, esperando la oportunidad, calculando el nudo del corazón.

¿Recuerdas, Isolina, cómo Cerón, a pata pelada, clavó el cuerpo en la basura, certifico que, y las moscas se despedazaron en tantos verdes en ese volumen ferruginoso y amarillo latente y negro y runruneante, con aspas, como si cayera una lluvia de aserrín y granizo salmón en las orillas, húmedas en su nuevo contubernio, apenas como élitros que no dejaban ver el sol hervido, colándose por los ojos de las moscas y los contrincantes, doy fe, acuso recibo, atentamente, nos es grato, la montaña vomitada por la burocracia abúlica, próceres marchitos a media tinta y media agua como el cardumen de las moscas, amasadas, fritanga de oro y melaza, de color diurno aunque con hollín en sus aureolas, nos permitimos informar, porque en el curso de la presente, y giraba Cerón como la rueda de una locomotora, pero fuera de su eje, varias veces contenido en él, pero temblando fuera de esos lí-

mites con varias líneas sueltas, que le sostenían el cuerpo, las moscas usurpadoras, vagas, atolondradas como querubines diestros en el estacionamiento inseguro del cielo picando en ese verde derramamiento de las líneas pútridas, de los círculos onerosos de todas las comunicaciones en bancarrota querido espero que al recibir la presente te encuentres bien, nosotros bien, hasta que empezó a volar el victimario, el victimante, el que iba a morir danzaba como si tuviera en cada célula un resorte y también una mosca, un disparo de alas transparentes y veteadas con ramificaciones azules, como várices del aire pegajoso llegando a su destino con dificultad y Cerón seguía fijo en el espacio que acarrea el tiempo: un solo nudo indestructible, como la muerte que nos destina la vida, completa, ni más ni menos y hecha a nuestro molde y semejanza, croando, trasbriendo, cubriendo, amontonando en su rincón con las moscas disueltas en su escapatoria y de dónde viene saliendo el Guata e'Lápiz, este naufrago al revés que se levanta de las moscas como si tuviera temor del azul que viene derivando en golpes tenues, ocres, borrando todo lo que huye, el hocico de las moscas repartiéndose el cadáver de antemano, nos veremos en la obligación de, otro cúmulo de moscas que nadan a horcajadas, en herrumbre de plata, en aciago de muela vieja, sin oficio de masticar, y quiere hundirse en el pantano puro, muy señor mío, sus atentos servidores, tendría usted que iniciar nuevamente la tramitación, cuando la primera cuchillada dejó el día partido en dos: las moscas decapitadas, el viento destrozado, el aire hueco y reventado mientras estalla Cerón, tirando espuma, barro, acero, garabatos, dientes que salen como disparos, los huesos que nadie detiene y husmea el lugar preciso donde cae-

rá de un solo golpe Guata e'Lápiz apenas un ovillo engendrado en el miedo, saldo de todos los residuos, de los oficios y cartas devueltas por falso domicilio y recuerdas ¿Isolina?, cuando empezó a estremecerse como si le estuvieran tirando agua hervida en el espinazo y ¿recuerdas? cómo el Guata e'Lápiz se dio cuenta que estaba perdido y trataba de esconderse entre las moscas, inventando esa frágil sepultura de azules desconocidos, rojos de fátima, verdes de regocijo invernal, como si fuera él mismo una mosca mayor arrepentido y renegando de las tripas, del bulto de tener ojos, orejas, algo de estatura y de la vulnerable posibilidad de respirar y sentir que la sangre le seguía llegando muy a su pesar al corazón, como cuando un náufrago llega al fin a la playa de las moscas, las moscas y le runrunean en el oído la pesadilla del mar colgante, el pequeño abismo de la mosca y el Guata e'Lápiz pide clemencia, con un puñado de moscas en cada mano con una cruz de moscas en la espalda, ciego está y no ve el sol póstumo, lleno de vetas, raído estambre, y ¿recuerdas? los alaridos de Cerón, moviendo otra vez el resorte tambaleante que bufaba y ¿recuerdas? que casi se fue de espaldas cuando levantó el brazo con tanta fuerza que se dio una vuelta de carnero y todo el mosquerío pareció imitarlo entrando en tirabuzón, en ovillo de molino: fragua de fuego enloquecido y levantó el cuchillo y levantó el cuchillo como si en realidad se tratara de una pirámide dejando en equilibrio el resto del cuerpo como si fuera a saltar al vacío de las moscas que se enredaban en el apremio tirante, cortante, como dividiendo el aire, por donde iba a pasar la tajada, el fégrego, el trígamo, la palada caliente de la hoja hirviendo, respirando la muerte, con los dientes abiertos igual que un torbellino



que arrastrara casas y puentes, gallineros, y galpones y ¿recuerdas? que ya nunca volvió a cerrar los ojos y las moscas lo colmaban de súbitos desvaídos negros, soplidos y resoplidos: toro que hendía su tusa en la sangre de la tarde y el Guata e'Lápiz continuaba atornillado a el miasma, como queriéndose devolver al primer barro del universo y tomar cualquier forma que pudiera respirar siquiera, no comer ya, no andar ladrando por las calles tras un tarro de sopa caliente, sino atisbando cualquier caparazón anónima no humana con los ojos conectados pegados-incrustados a ese cuchillo que se movía con las moscas, blando entre los azules que se astillaban de repente, plateado entre los verdes redondos y sobrantes y ¿recuerdas? que entonces Cerón, aplastando las moscas, triturándolas, haciendo pedazo el aire a patadas y mordiscos, empujó el cuchillo y con todo el peso del cuerpo lo dejó caer sobre las moscas sonando como un relámpago sobre el cráneo del Guata e'Lápiz y lo hundió entre nos veríamos en la imperiosa necesidad, querida, si cuando no estás, y algo crujó como cuando se corta un puente con soldados, algo de astilla se fue perforando, seco, mientras el Guata e'Lápiz quedaba dividido en dos partes tan exactamente iguales que nunca la mitad del lado izquierdo volvió a saber el destino de la mitad del lado derecho.

HABLANOS CLAUDIA-JULIA

Personajes:

Una niña, sus pensamientos y una muñeca.

Lugar de la acción:

Donde disponga el lector.

Una niña mira su muñeca.

Hay una relación de misterio, movimiento y silencio. Misterio de la percepción de las dos imágenes, de las dos confrontaciones.

Movimientos rígidos y adelantados, acciones mutuas aunque sólo un cuerpo se tuerce quebrado.

El otro, las pequeñas manos, los brazos rígidos obedecen órdenes, una ternura manifestándose en dos o tres posibilidades: la esclavitud de la muñeca. En cuanto al silencio, la muñeca y la niña se miran sin sentido, algo las intercepta y las calla dividiéndolas, muro por medio, vida y muerte por medio, acción y movimiento en el centro de la escena. Exis-

ten sensaciones pequeñas y aún dentro de esta escala otros matices mínimos: fugas insignificantes, señales casi imperceptibles como si una voz grande cayera en otra más pequeña hasta llegar al silencio absoluto después de una larga jornada, sin nombrarlo. Cierta incertidumbre en el cuerpo de la niña, señales, vaguedades, confusiones, imprecisiones como si la cantidad total de un dolor intentara vaciar en su completa integridad el mismo dolor, pero en otro idioma sin perder nada, en su trasvasijamiento, sin que ningún peso, volumen y color de las palabras quedara afuera, como si la coincidencia fuera absoluta, como si una boca se moviera para decir amor y fuera amor, realmente: como si la muerte existiera en tal plenitud y arrobamiento que no significara otra cosa, que no dejara un margen para especular, sentir o temer como si la muerte fuera vaciando las gentes, los nombres, las calles, las edades y los tiempos y los espacios y entonces, por la misma precisión, por el mismo acertijo matemático, no existiera la duda, la inmensa alegría de vivir.

La niebla irrumpe en el dormitorio de Claudia-Julia, en su rincón como explosiones simultáneas, ríos del porte de un alfiler, gemas titubeantes, lluvia disparada por un cañón solo mojando un espejo para que miles de otras pequeñas lluvias cayeran sobre esa imagen y no sobre el mundo.

Las palabras que la niña necesita en este momento en que mira su muñeca no llegan, siguen distantes, imposibles. Están detrás de otras palabras, detenidas, son embriones, sospechas, atentados en la trastienda del silencio, sólo preparativos, mascarillas, segmentos, rayas, brincos no bruñidos, ecos no empezados.

Por eso llegan a su boca pedazos, murmullos truncos,

una vibración que avanza y retrocede sin significar nada. Por lo tanto, la sensación se expande, es un anzuelo en medio del océano que está vacío todavía sin el proceso de la gestación del movimiento del mar, sólo el anzuelo antes del pez en una actitud ridícula y lo que es más grave: innecesaria.

La niña interroga, se libera, en su jaula, aferrada a los barrotes de la niebla y aún de su propio sueño y vuela aferrada al aire y en esas fronteras se hunde sumergida, cae, se precipita, agoniza, nadie la salva y está llorando.

Escucha la radio.

“Concurso infantil de poesía. Tema libre”.

Mira a través de la ventana la prisión de los árboles, la incertidumbre de las calles, las horas encarceladas, la noche en sus numerosas prisiones, demandando más espacio y por eso las estrellas se retuercen como los transeúntes que van allá abajo abrumados por el peso de la edad, de los sacrificios, de los horarios fuera del mundo de Claudia-Julia para siempre. Y también fuera de todos los mundos.

Empezó a comer poco después que escuchó la noticia del concurso, porque las palabras para armar su primer poema se amontonaban precipitándose como en un juego de palitroque: puñados de olas tenues, trucos de la imaginación, manchas confusas, rupturas, confirmaciones que entran por los ojos a raudales y desaparecen.

No existe tregua entre este mundo de su muñeca y las voces que le venían desde adentro enredadas, sin paradero fijo, caos, luminosidad, oscuridad sin una sola tentativa de equilibrio, de quietud, entre lo que quería decir y entre lo que estaba escribiendo. Sólo la muñeca tumbada y el padre llegando a la casa a medianoche, el padre que la golpea bo-

rracho y abre la puerta y grita y su mamá se recoge como sus palabras: la madre ovillo, la madre piedra, la madre sangre, lágrima, la madre piedad, el padre grito, el padre con los bolsillos vacíos y ella sin cuadernos, se gastaron los zapatos, los remiendos de la pobreza hasta que después llega una calma completa cuando la tormenta retrocede, cuando el rayo cesa, y las bocas quedan sujetas a cuanto se dijo y no se alcanzó a decir y se mezclan la madre fuego y el padre agua, todos los elementos de la ternura de la casa humana, del vidrio familiar, de la cuchara y su parentesco con la energía de la existencia: brotan tantos perdones, formas insólitas de resignación con ansias de empezar otra vez y poner la primera piedra, espantar los maleficios, eludir las epidemias, los sobresaltos del hambre a la hora de la mesa vacía y los alimentos solitarios con lágrimas que son de aceite sin duda y los cuerpos se maldicen y se atraen sin remedio y Claudia-Julia toma su muñeca como única defensa y la estrecha calladamente como si entendiera, pero no sabe.

La niña escucha el hondo sonido del sueño de su padre, después de confesar que encontró una botella azul-rubí y se sumergió en el vino y no se explica cómo entró en sus aposentos y delirios hasta que salió a recorrer las calles y todos los letreros que dicen "No hay vacantes", "Se regalan escombros", "Sonría por favor", "Usted puede llegar lejos", mientras mira pasar a Claudia-Julia con su canasto con digüeñes, gritando pro-li-ja-men-te los pescados, por ejemplo, bajo la lluvia, roída por las aguas, acicateada por esas burbujas metálicas que la hundirán en el pavimento, cuando sea vieja como ahora y nadie la escuche para comprarle y a lo mejor estaría llevando su muñeca en el canasto para hablar con ella

como ahora, escuchándose en su soledad enclenque, con las canillas como flautas.

Toda esa posibilidad está distante y cercana, fue, puede estar, venir, irse, ya no existe, regresa, jamás ocurrirá, pero está ocurriendo cuando puede suceder hoy mientras se cierran las ventanas de los rostros al verla pasar hundida en el crepúsculo, como azotándose contra ese sol descascarado y ferruginoso.

Mandó el poema al concurso y el día de la entrega de los premios el locutor pronunció con claridad su nombre: Claudia-Julia.

Ella no se movió de su asiento y cuando sintió el aplauso de los otros niños que la estaban rodeando, recién vino a comprender que había dicho todo lo contrario de lo que se le vino a la cabeza y no pudo contarlos, sino a través de las engañosas palabras. Era lo último que le iba quedando de la infancia, aquel día aciago cuando comprendió que se había engañado.

DOMINGO SAGRADO

Personajes:

Un hincha futbolístico, multitudes iracundas y victoriosas, 22 jugadores, una señora y algún visitante.

Lugar de la acción:

El Estadio Nacional.

Puede abrirse una puerta, ese domingo fue en la mañana el comienzo de la emoción, la idea de la libertad. Diríase que el tiempo es uno solo, amplio y todo lo que cayera dentro de sus andamios no envejecería en ningún juego. Al contrario, sólo se movería, no por la obligación de hacerlo, sino para disfrutar de la absoluta seguridad de estar vivo, sin compromisos. Otras puertas, otros movimientos, otros zapatos y trajes y camisetas con número a la espalda fueron ocupadas en lugares opuestos y distantes, sin control de ninguna naturaleza en ese caos inexorable y casi perfecto que marca el equilibrio de un domingo sin nada, pero aferrado

a una cantidad concéntrica —mayor a menor—, jugando. Diríase un ejército disperso, pero uniforme en la certeza de su ritmo, como si el mar (para poner un burdo ejemplo), brotara con su fritanga oceánica sólo en un puñado de agua. Este es el escenario de la acción del jugador Nancho Sepúlveda. Negro, rojo, blanco (camiseta negra, pantalón blanco y calcetines rojos) cuando entra a la cancha y le cae una lluvia de papel picado, las vociferaciones que registran el anticipo de la violencia, antes que cada uno de los 80 mil espectadores dé la orden de partida a su motor, y a la doctrina: la válvula de todos los sentimientos y anticipos en continua postergación por su trampa, el equilibrio de la especie, el traspie de los hijos, las utilidades de su cabeza, el margen de sus brazos, pies y omóplatos, en fin, ese balance que sostiene un cuerpo en lo alto de una gradería, fusil en mano, nube en ristre, marcando su equipo, su agonía, su afán de estar quieto moviéndose, muerto que grita las faltas, andariego que se calma a la vera del camino y escucha gemir, roer su gol, su hueso frío, todo el movimiento que se desplaza desde los dientes al alma cuando es un hombre de verdad y activa la escritura, el cartapacio, el ruidoso enjambre de una maquinaria para dar en el clavo de la felicidad la víspera recién cobrado, leer los titulares, irse de sueño parado ochenta años en la misma cruz de la máquina de escribir, y tener fe en el número 7 que se desplaza haciendo añicos su espejo móvil, mágico, elocuente, urdiendo las sumas pequeñas del uno al once que sabe de memoria, con todas las posibilidades matemáticas que ahora se reflejan en el césped, la suma y la resta de las ganancias y las pérdidas con la teoría de comprar barato y vender caro el ganado humano, en nombre de

las muchedumbres que de pronto enarbolan la bandera, la pelota, y están aullando en su oído, en esta combinación de los números que tienen un jugador que va zurciendo las posibilidades del azar, la miseria y la alegría de vivir cuando cruza las fronteras, las múltiples rayas del gran peligro y está solo ahora frente al arco, sus enemigos quedaron de rodillas, y avanza aún más, para tener la certeza absoluta de la venganza, del gol, y estira su resorte, la pata sideral y empuja la piedra y se eleva, fuera, rozando el poste.

Almorzó a las once su empanada dominguera para estar a tiempo en la escalerilla del estadio, tiene conciencia Néstor Cruz de su raya, de su fino volumen estadístico cuando lo sumen con el "bordereaux" de millones, apenas como si la punta de un alfiler que fuera enviado en una cosmonave a las sonoridades y silencios exteriores, despegándose de la piel, de la identidad, para sumarse a la hinchada como si la bandera del club fuera creciendo de pronto en espesura y volumen, a tal extremo que puede cancelar su nombre y apellido, y el saldo de todas sus liquidaciones humanas y empezar a vivir quinientos metros más abajo en otras bocas, saltar, encumbrar sus nostalgias, la rebeldía de seguir siendo esclavo, la voluntad perdida de tener una casa, de ambicionar una mujer callada, que se fuera renovando y no tuviera los senos caídos para arriba, y aumentara tal vez su repertorio de unas 900 palabras, y pusiera brillo a la esperanza, al sillón del abuelo, al canario letal, en fin, ser uno y todo mientras el Nancho se estira, y rola suelto a media cancha comunicativo, llevando su mensaje, su buena y mala noticia, abriendo los brazos pidiendo sanciones contra el enemigo mientras los reporteros gráficos aplastados, de una so-

la lámina, captan el instante de liberación cuando los negros se bajaban de los árboles, después de decirles que habían dejado de tener dueño y ya no eran esclavos y hasta podían mover la mandíbula y mirar por largo rato la caída de la tarde sin recibir un golpe en la raíz del pelo.

Porque lo malo de Néstor, fíjate oye, es ese fanatismo por el fútbol; se lo pasa soñando toda la semana y no habla de otra cosa frente a la radio desde el lunes, el pobre, y eso que cuando joven no pudo jugar nunca, pero se sabe de memoria los equipos desde 1918 adelante, y una es como un mueble, nadie la toma en cuenta y hasta en el sueño dice cosas de goles y avanza siempre y reta al árbitro, eso no es malo porque así no le pega tanto a los niños y por eso apenas sale entra el otro y ponemos la radio, el domingo, vamos a la segura, sabemos que nunca regresará porque en el estadio cuando se produce el nuevo avance, es como si la humanidad entera se precipitara en los pequeños márgenes de la alegría y de la posibilidad de triunfar, la pelota tiritando en el botín, bordada en todos los esguinces va y viene con algo de campanario, es el corazón del hincha, dicen, y no es para menos, resta y suma, escarba, ejercita el derecho de estremecer la conciencia, la bondad, la posibilidad de salir airoso dentro de un clima titubeante, inseguro, nadie puede saber si el gol se produce no por venganza, querido, lo tienes que entender, hace tanto tiempo de esta historia, pero está atornillado hace siglos en la galería, en la galera y sabe que tú estás acá dirigiendo la barra, el coro que enlaza la victoria, la angustia de meter el gol contra viento y marea cuando a veces es como un verdadero muro tapiado, sin ojos, ni oídos y por eso los disparos dan en los postes, en los altares, y no

entra la pelota y lo vieras como llega amargado, todos pagamos el pato y los niños, que ya lo conocen, son los primeros en salir arrancando y en cambio, cuando gana el equipo, algo nos toca, como si le hubieran aumentado el sueldo, porque entonces sonríe, descansa en su silla, habla de otras cosas, se pone solemne hasta que empiezan los comentaristas por la radio y se divide en dos para tener un oído junto a nosotros y otro pegado al parlante acercándose a la voz del locutor y nosotros, nuevamente quedamos en la penumbra de los 22 perseguidores y perseguidos, como en medio de una tormenta, dale hachazos, expresiones de la bondad y la sabiduría, la posibilidad de escurrir el bulto, de salir sin pagar a medianoche de una pensión, de abrir un forado en la cárcel, de ideas lúcidas que se pueden patentar, para hacer un paso correcto y desconcertar con una ambigüedad como de pájaros quedados en rezago en las migraciones, y se arman, querido esas pirámides de jugadores, y entre las patas parece que saliera la primera luz del mundo y tú eres distinto, si algún día por fin llegara de golpe como ha amenazado tantas veces, pero tienes miedo de comprobar esta historia, y por eso le tira la botella al árbitro, yo la siento caer en mi vientre, como la noticia de un nuevo hijo, eres vengativo, por encima de todas las cosas, los domingos, cuando estás allá arriba en medio de la barra, haciendo flamear tu bandera, tu victoria, atormentado por la idea que llegarías disparando a mansalva sobre la honradez y la limpieza de vivir, encima y abajo de una cama, pero siempre van dos a dos y faltan pocos minutos para que termine el partido, para que se inicie el juicio final, pero él se viste, calculando todo, la ducha de los jugadores, los comentarios finales desde el camarín hasta que



tú recién empiezas a desatornillarte de la masa de los otros seres, de las otras partes, de los otros movimientos, cohibido, falto de número y acción, lisiado en tu imaginación y amplitud, como si no tuvieras bicicleta siquiera, sino la posibilidad de sentarte mañana frente a los libros y sumar y restar hasta la muerte, blanco, neutro, final, sacando la cuenta de los días que faltan para el próximo domingo, pequeño el lunes, germen el martes y por último victorioso el fin de semana, cuando parece que puedes decir buenos días y todos te contestamos con un rostro febril, acomodaticio, consciente de tus desvelos por comprarnos zapatos, cuchillos, la comida, así como un jugador que parte de la media cancha y en el colmo de la generosidad, se desplaza hermanando las líneas, llevando, rápido, su diezmo, entrando a la casa del enemigo sin golpear su puerta, rebosando hilaridad, pasos de danzas, derechos adquiridos por el talento de la velocidad, como antes cuando tú, desnudo y joven, comenzabas a contarme esas cosas de la vida y yo te creía, ingenua, escuchando a medio volumen los resultados de la competencia oficial.

DIVERTIMIENTO

Personajes:

3 viudas, la Autoridad, el paisaje.

Lugar de la acción:

Escuadrón de Menque.

3 mujeres salen de sus casas. 3 mujeres de negro salen de sus casas. 3 delgadas mujeres de negro salen de sus casas una tarde. 3 delgadas mujeres de negro salen una tarde y caminan por las angostas calles del pueblo. Son anchos los pies de las mujeres de luto. Parecen 3 bloques de piedra las 3 delgadas mujeres caminando una tarde por las angostas calles del pueblo.

Las 3 mujeres van en silencio.

Si alguien les hablara, nadie contestaría. Si un niño fijara sus ojos en las 3 mujeres vestidas de negro, ellas no lo mirarían. Si un intruso las estuviera llamando, ellas no contestaron. El cielo fue gris para las 3 mujeres vestidas de ne-

gro. Sus cabellos chocan con el viento y el viento se estrella con ellas, de 3 en 3 y no las pasa por alto y les alborota el pliegue de sus vestidos y sus prolijas enaguas blancas bordadas. El viento irrumpe en estas figuras y los pliegues estallan redondos como fantasmas sueltos, pero arracimados como nidos contra la luz: nidos son de temible acerería cuando el sol también enreda sus cuerdas entre sus ropas interiores que son blancas como una espuma que crujiera, seca, por encima de todo el aire.

Los 6 ojos de las 3 mujeres van fijos en el horizonte.

El resto de los 3 rostros sí se mueve, pero los ojos, no. Los ojos van quietos, detenidos, cumpliendo con el requisito de mirar y llevar agua a su molino, es decir, las pausadas imágenes del horizonte y cuanto lo rodea, pero todo dentro de la prisión de su mirada estrecha que le pone profundidad, campaneo a la tarde, alrededor de las estrechas calles de huevillo con algún caballo de perfil ultimando la colina rocosa y rosácea.

Los ojos van fijos, más bien clavados en alguna referencia, bien fugaz, bien perecedera. Son iguales los 6 ojos de las 3 mujeres. Son de distinto color y tamaño y forma: almendras, pequeños hitos del camino, sombras con agujeros, pozos de agua, dólmenes a la carrera, en fin, pero se parecen cuando mirarán, cuando miraron: un hilo los ata por dentro como es la costumbre, un enjambre común y particular para que nadie ponga a flamear su bandera, la imagen de la realidad que sobrevuela la niña, la sorpresa.

Los 6 ojos de las 3 mujeres miran la misma distancia que no se acorta, como si las mujeres caminaran sobre una rueda sin fin, y sobre un día que estuviera anclado y sólo cam-

biara la estación de los cielos, y el rumbo incesante de las nubes no las marcara en absoluto.

Los árboles avanzan, pero ellas no. Y así todo el paisaje, el movimiento de las bestias, las aves y los insectos de ese círculo perfecto de la tarde resquebrajada en el fondo, estampándose en el agarradero del horizonte: parches ilustres, baldones.

Las 3 mujeres vestidas de negro van trotando con tres nubecitas de polvillo suelto a la zaga, como la luz que entra a través de los vitrales de las iglesias, con esa misma diafanidad dificultosa, con ese mismo estallido adentro, alrededor y encima de los pies.

Ninguno de los tres rostros tiene que ver entre sí: resulta fácil distinguir su independencia, su soltura fronteriza, salvo que van colocados a un mismo nivel movable, como nada tienen que ver las últimas olas del mar en su destrucción póstuma, como la célula que sujeta a la otra por orden expresa de la vida, odiándose sin duda en su tesonera, pero irremediable promiscuidad.

Así estas tres mujeres negras y viudas parecen lingotes, no árboles, ramificadas en su sequedad, en su hueserío enjuto, con 6 puntos en los senos que no son puntiagudos, sino volcados al revés tal como si el sol irrumpiera en esos sitios con un corto nudo, un puñado de fuego mientras caminan sin decir una palabra.

Al trotar hacen un ruido como de cristales que se rompen en la guerra, arduamente de noche y desplazan la orquestación de los almidones de sus vestimentas, como carpas, como orejas de algo grande y torpe.

Las 3 mujeres de negro son de igual tamaño, ni más

altas ni más bajas, como cortadas por la misma tijera, aunque pertenecen a distintas familias, a otros muertos que ya sembraron en la tierra en el otoño sucesivo. Cada nariz, no obstante, cada boca, cada oreja, el mentón, la parte directa de la cintura, el callejón de las caderas para ser más gráfico, también es dura, durable mejor dicho como las rayas en común: las arrugas, los ovillos de cada rostro que se inician en una cara para saltar a la otra, como si se tratara de un solo camino que llevaría a ninguna parte: el colmo del dolor sufrido y compartido.

Algo de madera hay grabado con gubia, algo de golpe que se acomodó con el correr de los años, de mordisco disparado que no se acicala, de herida que se hunde irremediable en esta o tal mueca, iniciando la señal del rencor, de la ira, en la frente.

Las 3 mujeres de negro llegan por fin a la oficina de la Autoridad del pueblo que está sentado, obeso, militando alrededor del sueño como si la realidad fuera una fogata, preparado en su silla giratoria que a cada instante toma vuelo y empieza a girar, a girar y girar como el piso de un pianista que sólo midiera 20 centímetros para alcanzar su instrumento de 500 metros o más y sube o baja por su caracol de hilo metálico que tiene en el asiento. Luego, otro impulso, pero al revés, girando en sentido contrario para desvolar lo andado, desgirándose como un elástico fruncido y torturado hasta que se detiene por completo como una hélice de un molino sin viento, como el cansancio tan usual de un guerrero y pregunta de atrás para adelante, vociferando lleno de vocales oblicuas, cercenadas y redondas a la vez:

—¿Qué quieren?

Las dos palabras pueden llegar a los 6 oídos como un trompo desplazándose a toda velocidad enroscado en una sola dirección no muy fija. No eran palabras quietas como lanzadas de la boca al oído directamente; se enredaron en el camino, destrozándose, y después al recuperar, por fin, el orden, mejoran el equilibrio: su significado.

Por lo menos, esa fue la intención del hombre que estaba esperándolas en la silla giratoria.

—Es por el desayuno de los niños en la escuela —corearon las 3 mujeres delgadas vestidas de negro fijas en su sitio.

La Autoridad le dio un nuevo impulso a la silla aún más violento, hasta que su semblante, la corbata, por ejemplo, el doble cinturón de plástico negro se partió en varias estrías blancas en su comienzo, el color de su camisa que dejó de ser amarilla para despedazarse con toda certeza y el tono de su chaleco a cuadros cuando estaba recién quieto, pero lleno de círculos en la medida que ascendía en la velocidad del vértigo. Todos estos colores quedaron flotando, naufragando en medio de tanta actividad y desorden que las 3 mujeres vestidas de negro no atinaban a dar en el blanco ni mucho menos en la persona que estaba cerca del techo, como si fuera papel picado, nieve absurda, cayendo con toda su demolición. Cuando el resorte dejó de escalar, volvieron a aparecer los varios rostros de la autoridad, los lingotes de sus múltiples corbatas, los atisbos casi de diamante de sus colleras, ímpetu de sus dientes calmados, pero sin calzar con precisión en su modelo original donde habían partido momentos antes. Después también los otros colores se serenaron al dejar de moverse como si alguien les hubiera dado la orden de

permanecer “firme” en un cuartel, en un regimiento y hasta se podía escuchar el vuelo vacío de una mosca.

—¡El erario! —replicó la autoridad sin moverse.

Las 3 mujeres de negro alargaron el oído, juntaron las seis orejas para escuchar mejor el vuelo de la mosca y de fondo, la voz quieta de la autoridad.

No entendieron.

—Las arcas están vacías —dijo, señalando la caja fuerte, verde de fierro—. No hay plata para el desayuno escolar, ni un centavo para comprar la leche, el pan.

Se dio un nuevo impulso quedando guarnecido en sus temblores verticales, circulares, como si alguien estuviera copiando su imagen coloreada con el sistema Morse.

Una de las 3 delgadas mujeres vestidas de negro clavó los pies en ángulo recto —un paso de danza— como atornillada, dejando caer el peso múltiple de los pliegues de su vestido solemne. Las otras dos se cubrieron el rostro con sus mantos, tapándose la boca para decir:

—Señor Autoridad, respetuosamente, ¡venda los caballos del regimiento!

Las mujeres juntaron las manos —manos trenzadas—, manos estrujadas, manos hechas un nudo ciego y movieron su único color negro de un lado para otro con el mismo cuidado que los cargadores de una mudanza pueden bajar un piano desde un quinto piso, pisando algo frágil que no existe, temblando con el esfuerzo.

Cuando miraron de nuevo comprobaron que la Autoridad ya se había convertido en torbellino, que despedía colores como chispas calientes: una sartén con aceite hirviendo al que le cae agua fría. En este caso, cada chispa tendría un co-

lor diferente, un volumen distinto, un tono rápido, divorciado de su vecino, buscando para sí un destello mayor, un relámpago mínimo, pero riguroso y tan efímero al fin de cuentas.

Argumentó la Autoridad: a) La Defensa Nacional; b) El Honor Patrio; c) Nuestro Orgullo de Chilenos; d) La Estrella de la Bandera; e) El Mar que Tranquilo nos Baña.

La voz hablaba con ese ruido de alguien que entorpece con una lata un ventilador en movimiento, como la bolita de la ruleta cuando se va parando y toca las bandas circulares de los números errantes.

—Yo recibo órdenes —gritó la Autoridad—. ¿Qué dirían mis superiores? ¿El Estado Mayor? ¿El Estado Menor? ¿El Comando Estratégico?, y en secreto, entre *nos* (pidió a las 3 mujeres de negro que se acercaran y ellas aceptaron prolijamente la orden): ¡El Enemigo nos Acecha! ¡Fuera! —gritó dándose un nuevo impulso para que las palabras empezaran a vibrar y derramarse y otra vez la amenaza sonora comenzó a degollar el aire, los oídos y los obstáculos que encontraba a su paso transparente.

Las 3 delgadas vestidas de negro iniciaron el regreso con una sola lágrima en el ojo que iba saltando de un rostro a otro, poniendo brillo al largo camino interminable. Las 3 mujeres de negro lloraban con una sola lágrima. Las tres mujeres de negro se separaron largamente y así en forma sucesiva.

MATAR A PEREZ

Navegante del siglo IX y XIV, con granos, arena
y... Pérez, marino.

...de la acción.

Marcos del sur y del norte, Colombia, Toluca.

El que ha vivido alguna vez junto al mar, está condenado a llevarlo a cuentas toda la vida. Le viene — aunque se asiente al desierto — respirar, bujar, volar, deambular, reparar sus alas, estallar con todas las explosiones de alegría y con recintos empinados que lo suben y lo bajan a uno como si en realidad fuera la persona que bailara por dentro, en la huida.

Claro que a veces depende de sus estelas de ángel por lo que sus frías y grandera parece, compenetrar, como los más de la cuenta, uno de los que por algunos momentos en algún tránsito en particular. Mas, esa son segundas

Personajes:

Navegantes del siglo IX y XIV, cartógrafos, mensajeros, Pérez, emisarios.

Lugar de la acción:

Mares del sur y del oeste, Carnutum, Thule.

El que ha vivido alguna vez junto al mar, está condenado a llevarlo auestas toda la vida. Lo siente —aunque lo trasladen al desierto— respirar, bufar, volar, delinquir, preparar sus iras, estallar con todas las explosiones de alegría en esos racimos compactos que lo suben y lo bajan a uno como si en realidad fuera la persona que hablara por nosotros, a cada hora.

Claro que a veces depende de sus estados de ánimo porque con sus ínfulas y grandeza parece comprender, abrir los ojos más de la cuenta, irse de lengua por algunos instantes con algún transeúnte en particular. Mas, esas son suposicio-

nes. Así y todo nosotros quedamos tan consternados los años que vivimos en el litoral que un día, con unos pocos ahorros, compramos un pedazo de tierra en el cementerio que por un lado, hacia el sur, también limita con el mar. En el invierno las olas invaden los acantilados, hacen temblar las piedras con sus lenguas y golpes y tanto cavan, tanto se estrellan que corroen por fin la raíz de los muertos, y los ataúdes se precipitan guardabajo con un chasquido de espumas, huesos, cruces y aguas mezcladas.

Siempre tuvimos la esperanza que, algún día, sepultados uno al lado del otro con mi mujer, se desencadenara una tempestad con cielos grises-pardos y el mar con sus torres, barriles, monturas y cristalerías escarbara el cerro, debajo del cementerio apiadándose de nosotros, para navegar, otra vez, antes de hundirnos para siempre. Algunos ataúdes han ido a parar a la isla Quiriquina, flotando hasta 16 millas, pero ese no era nuestro deseo: no somos ambiciosos y la felicidad de navegar largamente con el ataúd de velero debe ser para otros con más suerte.

¿A usted le ha ocurrido que cuando es pata de perro camina por aquí y por allá, y de repente en el lugar menos pensado, encuentra el sitio preciso para vivir y morir? Es una especie de golpe. El afectado se va incorporando al paisaje, al inventario total de la atmósfera con el mar al fondo, hilando fino en las borracherías, sumado al tren que pasa a las seis de la tarde por la sangre y los huesos de todos los tome-cinos, incorporado a los bandazos crujientes de la lluvia invernal, con su huella propia en las calles, en el color de una hora.

Entonces se instala.

A veces no puede ser de inmediato: hay que pedir traslado en el trabajo. Pero es para peor porque el lugar que uno eligió lo empieza a tirar de los huesos y ya no se pone delante de los ojos ninguna cosa que no sea el mar y la casa que va a llenar con su mujer y los hijos. Debe ser lo que la gente llama una obsesión. Usted está detrás del mostrador y ¡zas! le aparece el mar en la oreja y tintinea. Va por la calle, a lo mejor silbando, cuando el mar se le aparece en un ojo y hay que mover la cabeza, estremecer el cuerpo, para que regrese a su sitio en el sur y no siga molestando, dale que dale con su batido.

Nosotros tuvimos suerte porque llegamos a Tomé antes del invierno, en el tiempo de la vendimia, promediando marzo, anticipándonos a las lluvias. Los cerros permanecen verdes con los colores derribados por el aire suave de la estación.

Cuando uno comienza a vivir definitivamente frente al mar, necesita un tiempo para irse acostumbrando, no es fácil resistirlo todo el día porque pesa su presencia: es un invitado de piedra que está en la mesa y en la máquina de escribir, runruneando sus historias, anda con sus cuchilleos, saltando de un lado para otro, poniendo su ruido en todos los rincones y luego —cuando llega la noche—, todavía pesa más que una matraca, con sus torniquetes, arrastrando por lo bajo el sonido de la arena que entra por los intersticios de la casa.

Arriba, desde el altillo se dominaba la calle Werner, la borrachería de Custodio y la subida al cementerio de muro alto. Muchas veces las parejas se estremecían contra sus paredes anudadas como empujando a los muertos teniendo ca-

si encima de la cabeza la señal de las cruces en una demostración irrefutable de la fuerza de la vida.

Los ancianos descendían, curvados, como dispuestos a cruzar el muro y su transparencia, vecinos inevitables y familiares de la muerte que los esperaba al otro lado de su piel y de la muralla pintada con cal, y las carretelas con los caballos en punta llevando su carga y los niños jugando (los más distantes pasajeros de ese predio compacto dominado por los cipreses y pinos) siempre con humo de basura (flores secas), atenuando el paisaje.

En esas circunstancias el mar entra hasta la garganta de la caleta *Los Bagres*, mientras en el muelle parecía dominar el clima y el sabor de otros tiempos en medio del tráfico constante de los toneles de vino de Guarilhue, Ñipas, Pissis y el desembarco de habas limeñas, ruibarbo y fresas. En general, las tripulaciones que desembarcaban seguían un camino de rutina invadiendo los bares de la planada, el rincón de los restaurantes de mala muerte que tienen como distintivo una botella azulina en la puerta para evitar la confusión de la clientela.

Algunos de los recién llegados, ya al soltar la lengua con los vinos nuevos, hablaban de una posible ruta secreta que serviría como túnel para demostrar que el mundo era redondo como una pera, mientras los tranquilos parroquianos —los lugareños— escuchaban los más absurdos relatos: las visitas a Lop, región perteneciente al Gran Khan cuyas fronteras estaban custodiadas solamente por leones, y la República de Joliba que era la región donde se concentraban los *condottieri* para iniciar sus invasiones sangrientas.

Muchos de los borrachos habían traficado por el camino

del Eufrates, pasando por el oasis de Palmira, con escalas escalofriantes en el reino de los nabateos, fondeando en Petra, punto de enlace entre las caravanas que se dirigían del Yemen a Damasco. Por último, los marineros no aceptaban la idea de que Tomé se llamara en esa forma tan simple, porque según sus mapas rudimentarios (que mostraban a los más incrédulos) el verdadero nombre de este puerto era Thule y su ubicación exacta en el siglo 12 antes de Cristo: 63° N.

Los navegantes de más experiencia sostenían que Thule se encontraba a la misma latitud de los Montes Hiperbóreos habitados por unas 40.000 almas, toda gente tranquila dedicada a la pesca y a la explotación de algunas factorías de tejidos. Cuando los viejos lobos de mar regresaban a sus puntos de origen, la escenografía del muelle volvía a cambiar, casi por completo, como si cayera desde una altura no mayor de 40 ó 50 metros otro cartón, torpemente dibujado, con algunos barcos camaroneros en plena labor de desembarque y, en general, con una atmósfera contemporánea hasta con algún avión de pasajeros, buscando la pista de aterrizaje de Carriel Sur. Pero al cabo de algunas semanas, los tramoyistas repetían el cambio de cartones con el solo anuncio de otra nave y nuevamente el tiempo retrocedía en forma veloz y se escuchaban voces remotas celebrando la recuperación de Luis XVI, purgado 22 veces con antimonio, condenando la labor de los cirujanos, mejor dicho de los lacayos con botas blandiendo navajas, o bien mostrando su simpatía con Jean Denis que tuvo, en esos días, la descabellada idea de hacer una transfusión de sangre de cordero a un ser humano.

Pero la mayor parte del poblado se continuaba levantando a las seis de la mañana para llegar a la fábrica junto con el pito de las siete en forma tan metódica que el administrador de la empresa lucía con orgullo las tarjetas de registro de trabajo. En los 300 años que llevaba la industria en funciones, jamás se había registrado un solo atraso. Es efectivo que muchas veces los operarios chocaban en el camino con grupos de marineros que cantaban himnos patrióticos en los idiomas más inconcebibles, pero nunca nadie pretendió descifrar sus letras ni hacer preguntas sobre la materia.

Un día sucedió un hecho inesperado que rompió por completo nuestra tranquilidad. Recibimos un misterioso telegrama fechado en la ciudad de Carnutum; traía la firma de un tal Pérez.

El mensajero no tuvo dificultades en reconocer que para dar con nuestro paradero debió cruzar el golfo de Venecia (*Sinus Venedicus*) y después de rodear las islas de Escandia, siguiendo la misma trayectoria del griego Pytheas, enfiló rumbo a Thule en una travesía que se prolongó casi 485 días. Dijo que había eliminado no menos de 9.000 posiciones (que eran otros tantos laberintos) antes de arribar a nuestra casa marcada con una cruz en el mapa provincial (sección 26).

Un amigo conocedor de 24 idiomas, escuchó en los bares frecuentados por las tripulaciones extranjeras, una conversación —algo extraña— con alusiones a Pérez asegurando que su especialidad consistía en embarcar voluntarios con rumbo desconocido a los que dejaba girando en órbitas marítimas absurdas, retrocediendo en el tiempo. Citaban por ejemplo, la expedición que partió rumbo a Massilla, tocan-

do el Asia Menor en dirección de Serica con la finalidad de alcanzar las Islas Afortunadas en las Canarias. Los peregrinos, siempre enclaustrados en el mismo barco, perecieron en este círculo vicioso de girar en el mar resignándose a ver la costa para ser reemplazados en el viaje por sus hijos y luego por los hijos de sus hijos, pues Pérez, antes de la partida, concebía con mucha precisión la manera de prolongar su venganza.

Otros navegantes —en un circuito diferente— giraban en la ruta Sérica Bectra (Balkh) Pamir-Torre de Piedra con leves escalas en Icaria cada 70 ó 90 años, sólo para reemplazar a los tripulantes más ancianos por versiones renovadas de sus descendientes. Los testigos de estas maniobras decían que los elegidos por Pérez no podían eludir su invitación y tarde o temprano eran embarcados hasta de viva fuerza corriendo el peligro de aparecer muertos en los sitios más inesperados, habitualmente en las cercanías de los muelles. Se contaba también el hecho de que no todos los círculos de las rutas señaladas por Pérez giraban en la dirección del sol y del tiempo. De modo que si se producía algún conato de motín, los responsables eran desembarcados en un puerto, generalmente el de Cattigara, para luego ser incorporados a otro navío que se desplazaba en una órbita en sentido contrario y en esta forma desandaban los años, el tiempo que habían consumido en su trayectoria y las víctimas quedaban reducidas hasta el mismo y apasionado deseo y propósito de su padre en la noche de la gestación: es decir, a la nada, porque su navío seguía girando en tirabuzón hasta que su propio padre no era otra cosa que un puñado de polvo ventilado por el viento del oeste.

Un segundo telegrama de Pérez de tono más amenazante, nos daba un plazo de 15 días para presentarnos con una maleta por todo equipaje en Carnutum. Numerosas familias nos presentaron sus condolencias por anticipado con frases como esta: "¡Estaría de Dios!" "¡El destino es el destino!", señalando con el dedo las otras casas vacías que ya existían en Thule mientras sus antiguos ocupantes navegaban en las órbitas dispuestas por el representante de la isla revolucionaria. "Aún hay tiempo para huir", dijo uno de nuestros amigos. "Yo conozco un lugar seguro", pero, agregó después, con voz triturada, tarde o temprano Pérez dará con el paradero de ustedes y esto significaría ingresar a una órbita aún más despiadada, como la que partía desde Maurasia para bordear Hircania, el Mar Caspio, las Columnas de Hércules, Gadez, Hircania. Porque la inspiración de Pérez no consistía en enviar a sus víctimas al despeñadero, al borde suicida del horizonte donde podría existir el mismo infierno o los abismos infinitos, sino que los lanzaba a los vacíos desplazamientos del tiempo altos y bajos de acuerdo con la trágica correlación de los siglos produciendo los estados de angustia más descontrolados entre los tripulantes, sin perder la vida, sino desplazándose en otros cuerpos (elegidos con premeditación por Pérez), desempeñando múltiples oficios de acuerdo con su época, inmortales en su desvarío y en su sufrimiento, que al sublimarse, producía por contraste, en Pérez, cierta refinada forma de placer, a veces una sonrisa como cuando tomaba uno de sus teléfonos (comunicado directamente con Suiza, siglo XX) y pedía, con tranquila satisfacción los múltiples estados de sus cuentas en los bancos.

Con resignación, aceptamos iniciar el viaje llevado por

ese fatalismo de los chilenos, escuchando un coro lúgubre-familiar que apareció en el muelle de Thule mientras las grúas desembarcaban una partida de los primeros estetoscopios llegados al país.

Pregunta de Pérez.—¿De cuántos siglos disponen para llegar a las Islas Afortunadas?

Respuesta.—Usía, depende. Lo que pasa que sus tiempos no son como los nuestros y mientras nosotros vamos, usted viene.

Pérez.—¿Pero, qué le parece unos doscientos años?

Respuesta.—Bien, siempre y cuando nos incorpore a la primera órbita.

Pérez.—No hay contactos con la isla, está rodeada de enemigos.

Respuesta.—Nosotros también.

Pérez.—Si nosotros llamamos, ellos no contestan. Los mismos isleños han perdido la clave de su idioma y ahora utilizan las manos para hacer señas y aún así la traducción de estas señas es incorrecta.

Pregunta.—Usía, ¿por qué nos eligió a nosotros para hacer este viaje, cuando teníamos la esperanza en Thule, de esperar el surazo para navegar y flotar en dirección de la Quiriquina?

Pérez.—Ustedes resultaron elegidos en el sorteo que realizó cada seis meses. Tomarán la ruta del Mar Periférico.

Pregunta.—¿Pero, cuáles son las seguridades concretas que tenemos para llegar a la isla?

Pérez.—Ninguna (debió pensar “porque en caso contrario terminaría mi negocio” previno): en todo caso se les

anotará una cruz cada 50 años en su hoja de servicio, una señal para dejar constancia de su madurez revolucionaria.

Pregunta.—¿Pero los hijos, Usía?

Pérez.—No se preocupen, ellos pagan medio pasaje (pasando violentamente a otro tema). ¿Cuáles son los oficios que bajo declaración jurada se comprometen a ejercer a través de los siglos?

Respuesta.—Oficial de salud, termópilo, trabante, dicóbilago, transitorio y periodista.

Entonces nos mostró el mapa en que estaba marcado con rojo nuestra travesía. Safala a los 20 grados sur sería el primer puerto de recalada para aproximarnos en los próximos lustros a Zanzíbar. Pérez nos anticipó que había enviado un cable vía Pamir-Torre de Piedra (sujeto a una confirmación previa en Quipchab) donde un observador de la isla estaría esperando, motor en marcha, con la recomendación expresa al cruzar el río Itil y luego entrar en una serie de laberintos de unos 1.500 kilómetros de extensión cada uno para entregar su misiva a otro voluntario en Iwálátan, a unas doscientas millas de Tombuctú y de ahí romper el cerco enemigo y enviar un mensaje por radio, evitando que éste pasara por Taghaza. Como alternativa, figuraba la posibilidad de entregar cada palabra del mensaje de Pérez (con un total de doscientas), a otras tantas personas, las que debían partir desde los puertos más opuestos y reunirse en un punto clave que era un secreto de Estado y después de comprobar que todos seguían sobrevivientes, mezclar las palabras, el texto, en tal forma que aunque llegaran los atletas a las Islas Afortunadas, nadie podía descifrar el mensaje, de modo que Pérez, valiéndose de los adelantos de las computadoras elec-

trónicas, podría ir dando detalles de la vida de cada uno de los mensajeros, para que, en un resumen final, posiblemente en un informe en un Congreso de Especialistas se tomara esa existencia como la sospecha de una letra que había que poner patas para arriba para tener, no ya la clave sino la sospecha de una referencia, porque en última instancia era necesario discernir sobre el origen del idioma que se había usado para despistar al implacable enemigo que bloqueaba la isla diccionario en mano, provisto de todas las claves conocidas en la tierra.

El amigo nuestro que siempre escuchaba las conversaciones exóticas de los navegantes en los bares de Thule, nos manifestó, en una oportunidad, días antes de partir, que había oído una referencia a uno de los habituales viajes de Pérez a la localidad de Fez, en demanda de Sijilmasa, en pleno Sahara central, en la zona secretamente conocida como Taghasa y en ese lugar entró en contacto con un emisario (takshif) quien lo llevó a una universidad donde siguió un curso intensivo de filosofía casera que le permitió confirmar que el hombre era un ser cambiante, navegable, movable, pero dentro de su propio interior. Sus desplazamientos no eran otra cosa que una serie de viajes sucesivos, y esta forma de existir se llamaba la edad, pero entre el punto de partida y el fin, entre el comienzo y el término de este ciclo, intervenía en forma arbitraria la muerte, que era la confirmación de la fuga, el interminable peregrinaje que iniciaban los humanos por regiones de pura arena y donde las ráfagas de viento borraban las huellas con una velocidad pasmosa sin dejar rastro en el juego siempre cambiante, porque en el desierto (que venía a ser la soledad del hombre), el paisaje se trans-

formaba todos los días, a cada instante, de acuerdo con las corrientes mudables del aire. De modo que cuando Pérez nos embarcó rumbo a las Islas Afortunadas (a 11° 22' N. 08° 18' O) no hizo otra cosa que aplicar su conocimiento en el sentido que los pasajeros jamás llegarían a su destino por la sencilla razón de que la meta final (para los incautos), era recién el punto inicial de la travesía. Sus ideas aunque un tanto frías, las aplicaba en el juego del pensamiento, habilitando determinados resortes de ciertas zonas, de tal manera que las iniciativas de Pérez nadaban en una dispersión insostenible, acumuladas en las formas más insólitas dejando margen a que la idea se cortara en la mitad y luego enturbiara la sospecha de otras sensaciones (de ahí su frustración familiar y la colección de sus hijos deformes) todo engendrado por una tímida posibilidad no definida, en blanco o en un espejo donde la nada se miraba multiplicándose con tanto fervor como su perversidad, sus decisiones malignas para destruir otras vidas, única forma en que sus ideas se acomodaban a un ideario, a un pensamiento más o menos ordenado. Pero en el colmo de su refinamiento también la idea del placer (mínimo goce) arrancaba no de la satisfacción de entregar un ser y traspasarlo a otro, sino a la idea brutal de ver la imagen movable de los tripulantes que navegaban para siempre en las más insólitas órbitas equivocadas como si su función biológica de buscar su prolongación, flujo y reflujo del sentimiento y la brutalidad física se intercambiara por esos imposibles desplazamientos, metódicos, infinitos, graduados a su antojo, escuchando la lamentación de los tripulantes sobrevivientes de su facultad de discernir y discriminar. Ellos caminaron encima del mar, cada uno llevando

a su reducto una porción incalificable de alegría. En el fondo, las propias órbitas que él había elaborado para su venganza, lo estaban consumiendo por el debilitamiento de su imaginación y se sentía prisionero, ligado de pies y manos, sin movimiento interior, contando el dinero, producto de esta forma de traficar con el alma humana.

Como consta a fojas 1.239 del proceso en que debió rendir cuenta de sus negocios por la vía trans-sahariana, especialmente con las piedras de sal (la innoble denuncia que motivó el juicio), señalaba a Pérez vendiendo agua a los traficantes de mijo de Nigeria que debían tomar la ruta de Taghaza con una detención ligera en Tasarahla en la mitad del camino. El viaje demoraba diez días y aunque logró el monopolio del agua, ningún comerciante llegó a su destino, desviando su ruta por los mapas falsos proporcionados por el leguleyo.

De este hecho, se dejó expresa constancia en las memorias de ruta de Ibn Battuta, cuando habla que un tal Pérez que enviaba a los jinetes a la muerte “pues las caravanas comenzaban a circular dentro de un radio estrecho (nótese la aplicación de la filosofía del sabio de Taghaza) sin avanzar más allá de unos 5.000 metros en los penosos días de delirio y locura”.

Fondeamos entonces en Cao para luego tomar la plácida dirección oeste tras un país llamado —en la clave entregada por Pérez— Haggar, guarida de los comerciantes “wanjarata”. En este punto se nos dijo que la manera de ahorrar tiempo y romper el cerco enemigo, era aproximarse por la costa a la región de Mandigo o Mandey. Demoramos en recorrer estas nuevas 487 millas alrededor de 4 lustros. Fue

alentador el encuentro con Juan de Pian de Carpini quien nos mostró una botella lanzada al mar con un mensaje de Pérez en que enviaba un saludo al grupo de navegantes que circulaba cuatrocientos años en la quinta órbita Massilia-Serica-Islas Afortunadas, diciendo: "Todo conforme, cariños, Alejandro". Esta meticulosidad de Pérez motivó una verdadera fiesta entre los pasajeros al comprobar que el paso de los años no lograba desalentarlos en su afán de hacerlos llegar a su destino. De paso, su férrea disciplina reflejaba la directa influencia de los principios éticos puestos en práctica por el gran Khan, el personaje que visitó cuando estuvo en Taghaza. El dato fue proporcionado, en el curso del proceso (fojas 2.367), por el navegante flamenco William de Rubruck que lo vio entrar al salón del maestro (mientras hacía antesala después de regresar de un viaje vía Karakorum, en Mongolia).

De Mandigo, en la continuación de nuestro viaje, dimos una vuelta en falso para luego colocarnos en el anillo del mar donde viviríamos prisioneros alrededor de 200 años entre Cacurim y Syra Orda, ciudades que siempre vimos a la distancia, hasta que una tormenta, nos volvió al punto de origen: Thule.

Yo tengo un amigo que puede disparar contra una moneda cayendo, con los ojos cerrados y acierta y lo encontramos por casualidad en Tabriz, casi a la entrada del Golfo Pérsico en una de las tantas recaladas, cuando ya nos habíamos incorporados al segundo circuito, según el mapa falso proporcionado por Pérez. "Estás más anciano", me dijo, mirándome el pelo blanco. Tuve que confesarle: "Y no sólo eso, sino viudo y sin hijos porque se fueron quedando por el ca-

mino". Y le relaté la escena cuando mi mujer, después de recorrer la región de Pamir y con los nervios hechos pedazos dejó el navío para atravesar los oasis de Kashgar y Khotan, a la vista del palacio de verano de Gubilai Khan en Chandú, y subió a unos acantilados y se lanzó al mar, volando. Le expliqué cómo sus pliegues transparentes se inflaron, en forma atropellada, como rosas súbitas, como lágrimas al revés que salieran de las mejillas para entrar en los ojos, antes de esparcir, victoriosamente, las aguas sin protestar, dejándole esa tierna misiva a Pérez que tuvo buen cuidado de arrojar en una botella al mar en las cercanías del cabo Non, a 28° 47' N.

Un día le conté a Carlos cómo mis hijos aparecían y desaparecían en una órbita siempre cambiante, incontrolada, subiendo y bajando por los siglos como esas puntas de diamantes que perforan las rocas buscando petróleo, muertos y vivos, ancianos y jóvenes, en forma simultánea. Apenas tenían el tiempo necesario para saludarme y decir que todo marchaba "correcto" y luego con más suerte, existiría la posibilidad de vernos de nuevo, siempre con la fugacidad de un parpadeo fulminante, ya despidiéndonos en el mismo momento de saludarnos, inconclusos en nuestros sentimientos, preguntas y respuestas y saludos que jamás iban más allá de un: "¡Qué bueno padre verlo con tanta salud!", habitantes confusos de la pesadilla inventada por Pérez. Carlos resolvió viajar en forma periódica a Carnutum, para ubicarlo en la ciudad, porque resolvió, sin decirlo, hacer justicia por su propia cuenta. Más tarde dijo que arrendó un departamento estratégico desde el cual puede ver a Pérez a no más de 50 metros lineales. A través de la mira de su arma aparece el rostro abultado por el vidrio de aumento, como si todo su

cuerpo fuera un rompecabeza, que a simple vista conservara una integridad ficticia —y no por eso menos convincente en el sentido oficial de la palabra—, pero que mirado con más detención está, estuvo, estará completamente astillado (véase como referencia esos castillos de los aserraderos sureños, cuadriculados en tal forma que hasta cuando se incendian conservan su enjambre, el vigor de su nudo vegetal).

Y la misma facultad para destruir la vida de otros seres, ahora se volvía en contra de Pérez, como si la medida extrema de la venganza, agotados los resortes en el viaje de ida, estuvieran regresando con el mismo síntoma de violencia, con la absurda resolución que pretendiera detener la ira del sol, su paso regular y meticuloso sobre la tierra mojada, un día de verano. Por eso Pérez aparecía dividido en los más inesperados fragmentos, hitos, manchas, sorbos del dolor causado, estrujamiento de las entrañas que envileció, de las uñas que continuaron creciendo de sus víctimas, pero con el dolor de seguir viviendo, urdido con cáñamo, con soplos inconstantes como andamios movibles, todos inseguros y desordenados como el anticipo del caos encabezado por su sangre y luego una horma, un molde sin límites, ambiguo y confuso que, sin embargo, era capaz de juntar su lengua también meticulosamente triturada después de delatar el árbol donde el "*Che Guevara*" dormía esa tarde sobre un mapa de Kumasapa, y luego diluirse, tiempo adentro, llevado por el azar, por la posibilidad de existir, pero sin un nombre definido como el engendro sobrante que debió quedar cuando el primer hombre saltó del mar a la arena, y tuvo miedo, sin ropajes estaba, no tenía siquiera el cuerpo que iba a usar, ni la inteligencia que le permitiera mover el primer resorte

para hacer un movimiento, no de pie, sino aplastado, lento, circunstancial y vecino eterno de la muerte, auscultando con los ojos que todavía no tenía, sufriendo con la sola idea del dolor futuro, agazapado del enemigo invisible en el horizonte, sumando y restando toda la posibilidad de unirse a algo, en su afán de sobrevivir en medio de una insólita confusión de branquias, cartílagos, escamas y espumas recién abandonadas y pulmones sin soplar, y todavía ciego y sordo (no mudo) ubicó su primera máscara y algo le quedó sobrante para que Pérez lo recogiera (como un celoso funcionario municipal que trata con su escobillón que la especie regresara a su punto de partida), dando otra vuelta de acuerdo con su régimen, renegando de la posibilidad de volar y multiplicarse, dar saltos cada 500 millones de años y detenerse, por fin con el cielo nuevo debajo de los ojos.

Por eso decía Carlos, es difícil, míralo tú, apuntar tantos perfiles juntos y separados, tantos ojos horizontales, las hileras de las células no más gruesas que el porfiado comienzo de un día a pesar de tenerlo a boca de jarro. Y cuando por último, llegó el momento y Carlos suspiró hondo para que no se le moviera el pulso y levantó el seguro y abrió las piernas para asegurar el centro de gravedad de su cuerpo y apretó el gatillo y disparó, la bala empezó a girar primero en una órbita pequeña que iba aumentando lentamente su ámbito, dando primero en el eje de la rueda de un carromato antiguo que en ese momento pasaba, veloz, por la calle Ahumada y luego rebotar sobre un cajón lustrín y después dar tumbos en el alféizar de varios departamentos, cucarra, insolvente, transgrediendo todas las leyes físicas, sin peso, con doble velocidad y triple equilibrio, como si de pronto tuvie-

ra pequeñas alas absurdas para mantenerse incólume en el
aire antes de detenerse, vertical, sobre la delgada cabeza de
Pérez y perforarle el plexo solar y seguir con rumbo desco-
nocido aumentando sus círculos, la órbita de su inconstante
navegación mortífera.

EL MAR ES COMO UNA CASA



Personajes:

Un buzo, dos boteros.

Lugar de la acción:

Alguna playa, posiblemente Lirquén.

Dale con la botella, dale con el bote, dale con el mar como si ya efectivamente el buzo estuviera bajo el agua, abriéndose paso a cámara lenta, separando el bloque del océano, los listones, los pilones, las burbujas de metal, esos cristales de palo, pero más transparentes, el lento bosque que estaba verde en ese momento y dale con la botella azul, parecía como si el cielo estuviera combado en la copa cuando con los pies de plomo tocaba el fondo de todas las cosas, las arenas del origen, la piel endurecida que quedó sobrante, la piel de tantas vidas que ni siquiera se insinuaron, mas tuvieron la posibilidad, remota, de salir a flote manoteando rotas burbujas como los ahogados, buscando como un celaje

la luz y después el sufrimiento escalonado de la edad, el porvenir de la desventura: el hecho de incorporarse a una forma, digamos también a un nombre y apellido con una casa y un número y niños afuera, jugando y los perros olfateándose.

Los suaves corpúsculos huyen, son pedazos absurdos de la muerte, cuajarones que sirvieron de señales, vaya uno a saber, la llave que parecía reloj a no ser por los ojos que la están cubriendo, cuerdas flojas de ahorcados ya inservibles, luego el légamo, el tálago, todas las asonancias de las palabras inventadas para producir belleza que también cayeron alguna vez al mar, retazos flácidos y licuosos de los sueños, la usurpación de la realidad asaltada en medio del caos y del delirio como una forma natural, verde con todas sus precipitaciones movibles como aspa de molino para hacer una burda comparación y también como es lógico, los naufragios escalonados en los estadios de los siglos, apenas como una escalerilla, manchas, parpadeos que ya nadie entiende, signos telúricos de la nada, un hueco por donde el mar pasa silbando callado, limando sus asperezas y pule por fin aquel hueso, ese otro corazón, las tripas que conformaron la energía del amor y besaron, por último, la boca que flota a la deriva nadie sabe dónde sino cuando la toca, es decir, la besa; en fin, las calles que hay que recorrer y hacer trizas para dar otro paso, no el último, diríase que es de aceite la trampa, la puerta, la salvación y dale con la botella y mostrar ese traje lleno de remiendos, como si fuera de payaso, tan triste, con sus colores distintos, recauchados, *¿cómo se puede ser un buzo tan tirillento?* —dijo el fotógrafo—, colgado cabeza abajo secándose al sol, es como un gangocho y

los niños miran por algún agujerito y el hombre no está adentro porque dale que dale con la botella y anda tres días con sus noches caído en el chuico, nadando morado, rosado, ambarino, cómodo en la botella, redondo en ella, cuadrado en su profundidad, fino en sus destellos cuando llega la mañana y el sol comienza a morder: ve todo amarillo el mar, las luciérnagas de las olas que son metálicas, mas siempre es de oro el fulgor que rompe los ojos, la cicatriz que va quedando en vez de la mirada, el orificio para auscultar el primer día del mundo. Emergen los peces duros, las viejas con sus tarros de leche en la cabeza, como si efectivamente llevaran el universo, un saco de lágrimas endurecidas y hasta los perros se ven largos, largos y no terminan de pasar nunca cuando el sol entra por la rendija mojada de los ojos, el sol que explota adentro y se siente ácido y pican sus destellos como si el buzo estuviera metido en una ola, en un fondo opuesto al fuego y la vieja le preparara su explosivo, su caldillo sangriento, que enrula la lengua, la tuerce con sus vahos y jugosidades aéreas pero más chicas en relación con el sol que sigue cayendo a patadas y sorbe el buzo su contenido. El mar no disminuye el volumen y mira el traje de buzo; ningún pájaro se para a la redonda y los cristianos que pasan pegan un salto aunque sea disimulado y ven a Cristo en su atmósfera natural, pero al revés, inventando un nuevo suplicio, patas para arriba, de goma rosada el pobre, sin manos eso sí, en la cruz, secándose.

Y dale con la historia de meterse al mar y con un poco de sal el trago mañanero no es tanto, pero se siente que algo se estruja y vienen los tiritones con el motor malo, hasta que el segundo medio pato hace abrir los ojos y se ve la isla al

otro lado, un solo listón que tira destellos a la chuña, y los veleros como cuchillo, pero que dan bote y cabecean inflados como si fueran a estallar, rompiendo el agua, y el pecho de los borrachos (porque en esa cavidad del cuerpo navegan) cuando uno está en tierra y llegan los compadres, mutilados por la sed, se le nota por la arena que tienen en la boca y los velos que les cubren los dientes. Aspero es su refugio tanteando el mundo de amanecida y van descubriendo que no hay una pizca de sombra a su alrededor, sino todo es furor de la tierra lo que se levanta. Reunido el trío sobre el muro amarillo de madera comenzaron a vestir al astronauta, ponerle su escafandra, con el vidrio molido y roto, los zapatos de plomo, pero rebajados a la mitad de su peso (porque el saldo lo fueron vendiendo de a poco por culpa de la caña) y entonces flota como un badajo, es decir, no está nunca firme sino que se estruja para todos lados, haciendo glu-glu, pero la experiencia le sirve para sujetar medio lado aunque a veces regresa a la superficie como un bólido y en esos casos es preferible que baje con un ancla manual para solucionar el problema. Se fondea con toda tranquilidad en los alrededores del cholguero, del banco de mariscos y cuando tiene que partir, leva el ancla, toca el pito y esparce las burbujas y se empieza a elevar como si se tratara de un querube en medio del océano aferrado al agua, casi siempre al revés, manoteando temeroso de escapar en sentido contrario al bote que le suministra el aire. Se instalaron en la embarcación rumbo al sur, no distante de la playa, porque el sol les cortaba el mar, los ojos, los brazos, ora de arena el agua y los remos pasaban en banda y los aventureros no podían avanzar como si el mar fuera mantequilla y duro y la trifulca

y el enredo se podía ver desde la costa, porque en realidad todavía no dejaban la arena, confundidos entre la goma del aire, levantándose y cayendo, como si hubieran sido laceados a mansalva por un cow-boy, tratando de salir del enredo para entrar de nuevo en el lío, todo en medio de carcajadas y maldiciones y el sol derramando sus mordiscos hasta que enfilaron la proa y se metieron por fin al agua para regresar de nuevo a la arena.

—¿Y sabís que más? —dijo uno.

—¿Qué más? —contestó el otro.

—Que el mar no es ninguna cosa.

El buzo trató en vano de abrir los ojos.

—¿Cómo? ¿Toda esta inmensidad, no es nada, entonces?

—Eso mismo.

—Está tonto, compadre. Ya se le empezó a trabar el mate.

—Es que usted no entiende.

—¿Cómo que no lo entiendo, compadre? —porfió el otro—. ¿No ha dicho usted que el mar no es ninguna cosa?

—Ninguna cosa es, pues.

—Está mal, compadre.

—Mire —argumentó—. Supongamos que algo, que el mismo mar (claro el mar), es tan grande, que no es ninguna cosa.

El otro dudó, tambaleándose.

—¿Usted dice que las cuestiones grandes son tan grandes que son chicas?

—Rotundo —dijo el otro, bajando un dedo con todo el peso de su cuerpo, cayendo de cabeza en la arena.

El otro lo persiguió intrigado, todavía confuso.

—Porque la grandura es una sola. ¿Entiende, compadre? No se le puede sumar más grandura. O sea, es una cuestión del porte de un buque: grande, grande...

Le empezaron a fallar los argumentos.

—Quiere decir que es tan grande que se pasó para el otro lado.

—Eso mismo. Por ejemplo, la grandura, es mucho más que un millón de pichintunes, pongamos por caso.

—Es más que las estrellas.

—Las estrellas...

—El cielo.

—Más que el cielo.

—Es todo lo bueno que hay en la tierra y entonces ¿ah? se mezcla. ¿Y qué sale?: la grandura.

El otro empezó a titubear mientras el buzo pegó el gritó:

—Sería mejor que remaran antes de seguir hablando tantas leseras.

—Usted se calla —casi repitieron a dúo los remeros—. ¿No ve que perdemos el hilo?

—Como le iba diciendo, compadre, con el mar pasa la misma cosa. No es una baratura. No. Es grande el mar, u sea, chico.

—Está atravesado, compadre —dijo el otro con el rostro enrojecido.

—U sea, que para ponerle un ejemplo, una pulga es igual a un elefante.

—No pues, compadre, no es lo mismo. Lo que pasa es que usted no se presta para seguir el curso de las ideas.

Recibió un codazo.

—Claro, claro —fue la respuesta irónica.

—El elefante es el elefante, y la pulga, la pulga. Usted puede tener ni que media colección de elefantes, pero de mar, no. ¿No ve que es uno solo?

—¿Y usted qué dice? —le preguntaron al buzo que seguía indiferente el curso de la conversación.

—Yo creo —dijo—, que los dos están echando fuera del tarro.

Los remeros lo miraron con respeto.

—Yo creo —afirmó—, que el mar es como una persona, como un cristiano.

—Grande —acotó el otro.

—Déjeme terminar —dijo el que estaba de oro por el sol que le caía en la cara encendida—. Hay gallos que son como una pulga y cuando se van al patio de los callados le hacen una raya en el Registro Civil y...

—¿Qué hizo? —preguntó el buzo abriendo los dedos de la mano derecha para contar las hazañas del difunto. Cambió de voz para contestarse—: ¡No hizo ninguna cosa!...

—¿De qué está hablando? —preguntó uno de los remeros.

—Por ahí se pegó sus trancas, le plantó seis o siete críos a su pescaíta y quedó conforme.

—¿A dónde quiere ir? —interrogó uno de los que tenía el remo en la mano.

El buzo se entristeció para contestar.

—Eso es lo mismo que yo pregunto. ¿A dónde queremos ir?

—¿Que no vamos a sacar una percha de piures? —dijo el más realista del grupo.

—No es eso —replicó el buzo—. El mar es como una

casa. Sólo los que viven adentro saben lo que ocurre entre sus paredes.

—Está más curado que nosotros —afirmó el remero vestido de negro.

—Pero cuando se muera el mar...

—¡No! ¡No! —protestó el pequeño coro.

—Es un decir —dijo el buzo—. Si se muriera...

—¡No! ¡No! —porfiaron los otros.

—Yo creo que todo el mundo iría al entierro —agregó— y con las mismas lágrimas del velorio, se formaría otro mar, porque el mar está condenado, no puede morir.

Luego se pusieron a escuchar el silencio, la quietud nerviosa del mar temprano, cuando está como ácido y plano parecido a un techo de puro tranquilo. Y dale que dale con la botella y llega el instante en que rompen el cogote, el gollote, el líquido chispeando y se lamen los pescadores el pecho tibio y rosáceo: la pesadilla de no saber a qué lado del mundo estamos, el cielo aplastado por el mar con toda su fuerza y los tres hombres tratando de salir del atolladero con la lengua afuera para seguir respirando.

Hasta que bajaron al buzo como una hélice, haciendo círculos parejos en el mar y los otros remeros girando la rueda al mismo compás, llevados por la fuerza de su cuerpo inseguro, sin escuchar los reclamos que llegaban desde abajo, tirando la cuerda vital hasta que el buzo volvió a la superficie flotando, gordo, parándose para seguir a la costa como si pisara en el aire, a cámara lenta.

Subió al mercado marisquero, apareciendo en el puesto de doña Tulia algo oblicuo y retorcido, como una tajada de fuego vertical, absurdo y chorreando algo de mar como un

nadador abriendo las aguas en seco, sin tener nada que esperar, fulgor que dejar de lado, oleajes que devastar, burbujas que crujen como estampidos menores pegando su borbotón en el traje de goma con mangas asalmonadas, escarbando con su garfio, en tierra firme, los canastos de pejerreyes fileteados, las apancoras cocidas, rojas, con sus dedos también al sol, sus cucharas con ribetes negros echando espuma por la boca, un agua azul y suelta y los ayudantes dale que dale con la rueda, desde la distancia, apurando el milagro del espantapájaros torpe que apenas abría los brazos rodeado de abismos cortos, un ángel sujeto por sus anclas de plomo perseguido por los niños que eran vistos a través de la rejilla de la escafandra como si en realidad fueran querubes a pata pelada y coloreados por el sol, señalándolo con el dedo, y el resto de la poblada como si se tratara de una procesión en que el santito dirigía el tránsito llegando hasta la ventanilla para pedir un boleto de segunda clase a Concepción, mirando los corridos vagones, la borrosa locomotora en medio de las aguas, con el humo vidrioso, de goma y el rostro del conductor hablando desde la profundidad del océano y el buzo arrellanado pierna arriba en el asiento de madera aplastado por las aguas en movimiento y los remeros dale que dale con la botella y la rueda, ceñudos, severos en la tarea de seguir inventando aire, como una enorme manivela de un Ford T de bigotes, sumergidos en el oficio de no fallar al hombre que estaba buscando mariscos entre las aguas, llenando su bolsa, viendo pasar el campo, la velocidad de los árboles, las nubes rasantes, las gaviotas, los bueyes, las cruces y los pasajeros que llenaban el convoy, rodeados de canastos con peces inmóviles.

Personajes:

Un locutor y su mujer, una cuerda, un radiodifusor.

Lugar de la acción:

La conciencia de un ser humano y un patio de luz.

Si alguien mirara por poner un ejemplo, que agarran a un hombre y le pegan un combo primero en el rostro, en el hueco indefenso de un pómulos y luego en la cavidad de los ojos, y después en las múltiples esquinas de la nariz y vuelan, por así decirlo, las plumas, los dientes, y el pelo se detiene como estampado y también su sombra se rompe y después le despellejan el alma, cada treinta días y siguen el trabajo descuajándole las tripas, vamos a decir, los sentimientos que tiene guardados nunca se sabe dónde, es decir los recuerdos de la infancia: un trineo que se desliza cortando la nieve desde la cumbre del cielo y después, todavía, le raspan los huesos y se lo siguen gastando, implacablemente,

cuando le doblan y rebanan las células, cuando se va de estampida, cuando de su andamio si apenas le queda un par de resortes, el atisbo de un día siguiente, cuando si apenas toda la vida le alcanzara para comprar tantos kilos de alimentos, no más de tres o cuatro trajes en cincuenta años mientras la mujer lo descuelga de su cruz y le dice: "Hay que tener paciencia, ya pasará todo", y todavía lo siguen succionando, desalojándolo de su ámbito de cuarzo, y le restan los ojos en un movimiento fugaz, y cavan aún sobre su estertor, y vacian su aire, su copa, su ferruginosa capacidad para amar, y todo eso incluyendo las uñas, no le pertenece, mientras es armado de nuevo cada 24 horas al llegar a su casa lisiado hasta los tuétanos, combado, en forma de zapato, vidrio, piedra, en fin, tomando la forma de un salario, pues ya no tiene fuerza para huir de sus tutores y deudores y no puede salirse de esa órbita maldita y todavía lo siguen escarbando porque el fin es sólo el comienzo, atado a todas las circunstancias y propósitos y está anudado desde la vida a la muerte, sin un atisbo siquiera de libertad y su mujer lo unta con ternura, inflándolo de nuevo, lo arrulla, lo recompensa, abre una propuesta pública para darle forma, siempre inesperada, sin meterlo de nuevo en su vientre, pero de atrás para adelante, de tal suerte que la vida decreciera desde la cúspide a la nada, y no sólo eso, el deseo a la tentación de la especie, a la atracción de los enemigos, y luego todas esas posibilidades se diluyeran en otras tantas centenas de fracasos y en esos círculos concéntricos, ganar la primera batalla, agarrar, mientras se cae al abismo, una célula, otras concesiones, otras sonoridades y armonías, que no son sino remotas consecuencias del síntoma de una existencia, de un

hombre que después será enganchado al carro de la civilización y al progreso y luego flotará ¡vaya a saber cuántos siglos!, en esos residuos magníficos de las mareas lunares, letales y terrestres, cada uno a la espera de la mejor oportunidad en la maravillosa selva de la corporación de la muerte, cada uno arrastrando su carro y conveniencia, haciendo cálculos en la sombra, asociados los indignos contra los puros y en estos satánicos coloquios tener la certidumbre que por último ya existe el suficiente material biológico como para arremeter y aparecer en los ojos de la madre de uno —y lo que es más grave— en el deseo de ella, cuando registra la naturaleza, auscultando sus méritos y peligros y reúne tales cosechas para elaborar el hijo y se sumerge en tantos trabajos asediada por el amor, por la voluntad de echar a andar su motor: todos los sentimientos y los valores que nos rigen para ser perpetuos, eternos entonces como un bólido —nada menos que— la primera criatura emerge, radiante y se calienta con el vaho del buey en el pesebre y el candado de la piel que le servirá de prisión por los siglos de los siglos.

¿Recuerdas, Matilde, cuando llegó el analfabestia desde España, con una mano adelante y otra atrás, husmeando las piedras, todo lo que tuviera rendimiento, la familia con más sillas, el árbol de más sombra, la secta de más utilidad, mostrando esa chaqueta con sangre de la guerra civil, que recién había rociado en la carnicería de la esquina con bofe fresco dispuesto a hacerse una situación, la América, auscultando el campo de batalla y contrató entonces un pedazo de aire, una tajada solemne de 30 minutos cada día y luego se devoró al socio para comprar más aire, raspando la olla de los beneficios que puede dar un ser humano, inventando la

posibilidad de vender toda la atmósfera del mundo (como efectivamente lo hizo) y no importa que ahora los muertos del radioteatro naden entre pompas de jabón y detergentes, las vulgares burbujas de plomo cuando llega el engañado y llueve (el ruido se produce con papel celofán) y descubre a su mujer en la cama y el acompañante retrocede, todo a micrófono abierto, en medio de los más iracundos “No”, “Me vengaré”. “Escuche el capítulo siguiente”, y saca su cuchillo en la página 7 del libreto y se queman las comidas del barrio y la mujer se cubre el rostro con las manos y compre más jabón y el marido engañado avanza, y compra más detergentes, y ya eleva el arma —compre los cuchillos en la Mercería “El Trigo Fresco”— y entonces el sonidista agarra un zapallo y otro lo revuelve con un fierro, y es así como suena control separación musical cuando abren al sorprendido galán y la acción queda detenida en medio de una llantería general: el corazón se pone de madera, y ningún sentimiento sirve, endurecido y recuerdas, Matilde, que cada semana me obligaba a matar más y más gente, para vender esos jabones de ballena en medio de la armonía del comercio, pero no aflojé ni un pelo, me defiando como gato de espaldas para no abrir la reclusa de mi otro mundo, pero ¿dónde? lo sostengo, querida, si ya no me quedan ni nervios, ni ganglios, ando suelto y en lo primero que pillo me aferro, hay que comer, dices, puedes ir a dejar uno de los niños a la redacción de un diario y yo mismo te escribiré el párrafo a dos col. y titular: “Madre necesitada regala su hijo o lo rifa” a tanto el número mientras el analfabestia mete el aire en su máquina, la radioemisora, y te van sacando los meniscos, los frutos perennes de tu cuarzo y tú alargas el

caudal de las mismas repetidas palabras en los textos comerciales en el burdo y grotesco libreto que oficializa la desventura. Cuando nuestro hijo sea grande que no siga esta carrera de libretista-locutor, no permita nadie que jamás tiren de su piel cada treinta días y lo manden desfondado para la casa y luego la madre lo desabolle y desbroce, porque la pobre tiene de reserva todos los materiales de la ternura y cree en ti, pero no aflojes esa sola imagen tan tuya, cuando redactes el aviso de los barbitúricos, te condenaríamos para siempre. ¿De qué valdría entonces el cajón con flecos que has heredado, el solsticio que llenó de auroras todas nuestras hambres?, no entregues la oreja, ni un solo verbo fuera del presupuesto, si quieres ser escritor, así te pongan cabeza abajo y te usen de arado (como ya lo han hecho en repetidas oportunidades), por eso no culpes a nadie de nuestro suicidio, flameantes como una bandera de un lado para otro, ding-dong, en el único aire no vendido por el analfabestia que nos robó el pelo, la presencia de nuestras sombras, pero nos sentimos compensados, estimados radioescuchas han engordado en forma oportuna, tienen autos, compran algo barato y lo vendieron caro, la felicidad completa devoró kilómetros de pintura, vidrios, frutas a granel, materiales, vestimentas, ganado traído y llevado desde el matadero a las tiendas de mayor consumo, estrujado en cómodas cuotas mensuales. Señor Juez, vivimos con un cheque a fecha, con una mirada a fecha, mañana es otro día, nos decíamos ayer, cuando de pronto se produjo la estampida: el ayer fue mañana, nos pilló la máquina para pagar la luz, el aire, el nuevo diente, la silla postrera, se nos corrieron las fechas, los inviernos en vez de los veranos y el analfabestia metido

dentro de su embudo, haciendo su balance, día y noche, mor-
diendo cada moneda de modo que ya está decidido y hemos
dejado nuestro testamento, señor Juez, planchada nuestra
ropa y por eso hijo no aflojes y toma el lápiz y cuenta lo que
tengas que decir aunque sea en sueños, alguien te traducirá
y con lágrimas de sangre, como en nuestros melodramas, al-
guien podría escucharte, Usía, ya ha llegado el momento,
antes que aparezcan los fotógrafos en primer plano: la idea
es tirarnos al vacío, discretos eso sí, por el patio de luz, ata-
dos por la soga del cordón umbilical que nos da tanta risa si
no fuera porque vamos a morir, y nos acercamos a la ven-
tana, tomados de la mano sin tocar como antaño una pared
tibia, lista para su expansión y complicidad, cuando alguien
nos empujó como un resorte sideral sin abrir los ojos, escu-
chamos el peso de la vida, allá afuera madre, tú latiendo por
nosotros en ese vacío tan oscuro, querida Matilde, ámame
siempre, déjame acomodarte los huesos redondos tomando
la forma del sol, ahogados en medio de la sangre antes que
se quiebre la médula y como un corto río, ahora, analfa-
bestia, te saludamos con la lengua afuera, integrados a la
vaciedad de la nada, unidos tibios, un poco fuera del útero,
perdón hijos, que les valga la comparación.

UNA MONEDA, UN SENO

Personajes:

Nico, de 12 años, un niño, de Francisco, hermano de la casa de un bar.

Lugar de la acción:

Una casa, un apartamento, una casa, una casa, una casa y una casa de piedra.

Entre las ligaduras —moviendo lentamente— el hombre con las manos cruzadas era y fue un hombre, un hombre del oficial moviendo del atado. Era una, la ligadura compuesta crepitando en una gata de agua y que arrojó cayendo con un el ruido de las arañas y su boca ligera, boca oscura, que se movía, boca de la ligadura a través de las ligaduras que se movían de la ligadura al movimiento. El hombre con las ligaduras desde la raíz del pelo hasta la ligadura a través de su mano ligada, conteniendo el viento en

Personajes:

Niño de 12 años, una madre, *La Tentación*, borrachos en la vara de un bar.

Lugar de la acción:

Una casa, un almacén, pieza con una cama, lavatorio y jarrón de porcelana.

Entre las lágrimas —mojado lentamente—, el hombre con las manos cruzadas era y fue un paisaje otoñal detrás del cristal movable del ataúd. Los ojos, la frente combada crepitando en una gota de agua y sus arrugas corriendo como el curso de las arenas y su boca ligera, boca activa, aunque muerta, boca descuartizada a través de las lágrimas que lo continuaban despedazando al mirarlo, copiosamente dividido entre filas negras desde la raíz del pelo hasta la barbilla a través de ese muro líquido, conteniendo el rostro co-

mo si formara espejos naturales entre los espectadores: un pequeño fuego que no se secaba por el exceso de dolor.

"Subieron las coronas, a mí me gustó una blanca".

La muerte se lo estaba llevando; nadie quería moverse. Permanecían rígidos, su mujer y sus siete hijos y sólo la luz chocando con la profundidad de los colores extraviados de la tarde, las manos blancas contra la caja negra, el ojo blanco contra la mirada negra, el silencio blanco contra el ruido negro, los años blancos pasados contra el futuro negro y en menor porcentaje, el olvido contra el olvido, siempre en ese juego de contrastes que hierven, que estallarían, que estarían estallando, haciendo breves explosiones, blancas y los pañuelos negros, los dos muros irreconciliables de la vida blanca y negra, separados y divididos para siempre, cortados por la incertidumbre que retuerce los candelabros y las flores de papel, las rosas acuáticas, los claveles rodeando al ausente, al difunto.

"Una tía me mandó a jugar, pero no quise".

Llegaron otros rostros que venían a trabajar una jornada, sacados de sus casas con precipitación, ubicados en fila, blancos y negros y hasta polvorientos, tomando conciencia de la muerte, la posibilidad de urdir los recuerdos mutuos, acumulados con una promiscuidad que el difunto fundía en las múltiples memorias de los asistentes aptas para alejar cualquier pensamiento, menos ese rostro que se había ido de este mundo unas horas antes, negado ahora de movimiento y de capacidad para mirar, contestar, observando los hijos con una piedad inaudita y tensa, pues esta compasión terminaría mañana, estaba terminando ahora mismo; ya no existía (cuando murió mi papá).

"Después mis tíos hablaron".

Los deudos se fueron dividiendo en los otros compartimientos. Las voces enredadas en numerosos planos: las más duras y también otras suaves, las que tenían dueño o extraviadas. Surgen los coros impetuosos, la grotesca fastuosidad pobre de la ceremonia, aunque sólo existe el cajón y los candelabros y las mujeres de rodilla como pedazos de piedra que son, como montones de ropa que parecen, como algo de mar cortado y transparente en la oscuridad que se mueve sufriendo y agitándose.

"Entonces el tío Fermín dijo que yo tenía que trabajar".

Dijo que todo era duro: el pan y la vida y las escaleras, los días y los pájaros y los cuadernos y mi lápiz y el bolsón también y mi asiento en el liceo y mi cuchara también era dura y las campanas y el aire y los platos de la comida y la cama también, y los vidrios y la ropa. Y que también era duro el mañana y los seres humanos, también, los hombres y las mujeres.

"Por eso me emplearon en el emporio "Las Tres Marías".

Se presentó el niño por la mañana, enclenque, con el pelo revuelto, los once años temblando, temblándole —por así decirlo—, el miedo en los ojos.

"Es para ayudarse", dijo mi tío al almacenero".

Llegaron los hombres de negro y dijeron que venían a buscar a mi papá y yo miré a la calle. Afuera estaba la carroza con cuatro caballos grandes, pero no me la quisieron prestar porque estaban apurados. Otro día sí, dijeron.

Parecían extraviados, también blancos y negros, salidos de la penumbra insolemnes, blandos, no muy limpios, con el rostro y la camisa endurecidos por y para el oficio, el ros-

tro fatigoso, profesional que vive de la muerte, sin hacer daño. Sólo el hábito de existir entre las lágrimas y las escenas desgarradoras cuando el jefe de la familia comienza a desaparecer lentamente y las mujeres de la casa se botan al suelo y muerden el ataúd, quieren ultimarlos y lo están pateando-arañando, lo están hundiendo, flotando, mascando y lo elevarían metiéndose el ataúd en la memoria y en los huesos y cierran su paso, entre las flores despedazadas: todas las pasiones humanas urdidas en un solo dolor que en ese instante no quiere caminar, no puede olvidar, no quiere olvidar y, sin embargo, ya olvidó.

Me dijo el señor del almacén que tomara el triciclo y salí a repartir unos pedidos, en canastos. Me gustó el trabajo. Les expliqué a mis amigos cuando me vieron con el uniforme, con el delantal de brin azul, que como yo soy el mayor de mis hermanos, tenía que bañar a los perros y darle de comer a los cuatro niños y lustrar el piso, cortar la leña y salir a buscar la policía cuando se armaba el escándalo en el bar del lado que también era del mismo dueño. Andaba de un lado para otro moviéndome todo el día y casi la mitad de la noche, para dormir después en el suelo. Y les dije que comía un plato de agua caliente con fideos nadando y les dije que era distinto porque mi papá traía plata para la casa y la comida tenía otro gusto, no tanto por el sabor, sino que era hecha por mi mamá, creo que a cambio de nada, sólo por el cariño y la obligación que tenía, eso les dije y, en cambio, en el almacén cuando sobraba algo, cuando ya los perros no comían, me lo daban y aunque andaba medio muerto de hambre, les dije, no me la podía comer.

"Yo no lloré porque mi papá estaba muerto, sino porque los otros lloraban".

Sacaron el ataúd.

Salió a flotar el navío sin brillo en que se estaba hundiendo el mundo y ¿qué tenía sentido? Las casas vacías, los pájaros sin nada adentro, la gente sin destino que van a la deriva fuera de este dolor, y los caballos negros cubiertos por una red con pompones apelotonados. Entonces bajaron las coronas y algunos curiosos se pusieron a mirar y luego todo terminó. Adelante el carruaje, atrás primero el silencio y después nosotros, y la nada, y los últimos testigos.

"Dormía en el suelo encima de una tabla".

A veces tenía que levantarme para caer de nuevo y le contaban los segundos: "uno", "dos", y de rodillas quería despegarme del sueño y no lo dejaba y *un golpe* y *otro* y él (yo) no comprendía —*otros golpes*—, que ese sueño estaba roto —*golpe*—, se estaba rompiendo —*golpe*—, era un camino —*golpe*—, un aroma de infancia, algo de los primeros días —*golpe*—, un juego, un nido de pájaros recién descubierto —*golpe*— y el almacenero dejaba el palo para regresar a su lecho y apernarse otra vez en su sueño.

Les cuento a mis amigos: —Dejaba el jabón en el balde y lo revolvía con la escoba muchas veces porque me mandaban a limpiar la vereda y la calle. A través de las burbujas miraba el comienzo de la mañana, la gente que iba escondida a su trabajo, sumergiendo la cabeza en el pecho, los caballos de las carretelas repartidoras de pan y los diarios, como si fueran un espejo de barro las burbujas y era entretenido (creo yo) y uno miraba las casas dentro de esos globos



y de pronto, "plaff" y —*golpe*—, un nuevo golpe del almacenero que lo pillaba distraído.

Tengo que esconder las monedas de la propina porque el dueño no quiere que la reciba, pero los borrachos tienen compasión por sus hijos. Ellos conocen el hambre en la cara —¡salud!— y cuando yo muera la chiquillería partirá en bandada, dicen. Serán zapateros, vagos, bandidos, cada uno para su lado y los primeros días se verán bien seguidos y después menos y después nunca —¡salud!— y no se reconocerán siquiera en la calle, no serán hermanos porque hay que protegerse, y se irán a otras provincias sin decírselo a nadie y se casarán y tendrán sus hijos, todo para callado nunca, los otros hermanos —¡salud!— recibirán una foto de los otros hermanos con sus críos cayendo en el silencio de las cartas no contestadas, de los aniversarios de matrimonio, nacimiento y muerte pasados por alto por el temor de encontrarse, de tener el mismo apellido, y el mismo nombre y la misma miseria —¡salud!— y habrá poca ropa para intercambiar y por eso yo digo —¡salud!—, cuando uno ve a un mocoso como éste hay que darle su propina ¿no? ¿es? ¿cierto? ¿cabrito?

Yo tenía que recoger las sobras del vino de los borrachos en los vasos; el almacenero después se los daba a tomar a los carabineros de la ronda. Así podía cerrar más tarde. Un día pensé: cuando junte toda la plata de las propinas lo primero que voy a hacer es comprarle un vestido a mi mamá.

Ella me viene a ver de vez en cuando. A veces compra algo, cualquier cosa para conversar un poco; yo mismo le vendo, pero sin llapa como quisiera porque el almacenero me está mirando, me mirará, me miraría con todos los ojos que tiene en el cuerpo mientras peso el arroz, la hierba. Pe-

ro mi mamá se va contenta y da vuelta la cabeza varias veces antes de desaparecer, si es que salgo a mirarla a la puerta, hasta que recibe el golpe en las costillas del almacenero que lo amenaza: "¡A trabajar, a trabajar!"

El primer día libre fui a la tienda para comprar el vestido.

Todo el mundo se dio cuenta, aunque yo no había dicho una sola palabra, pero se notaba que era para mi mamá. Yo creo que sospecharon, porque uno mira con un poco de vergüenza y parece que no se atreve. Y como uno no sabe bien lo que quiere lo ayudan y la empleada le va sacando muchos modelos y entonces ya se toma más confianza y yo pude decir con orgullo: "Es para mi mamá, que nunca nadie le dio nada en la vida y yo sí y es mi primer sueldo" y uno lo muestra con orgullo y la empleada llama a las otras vendedoras y a uno lo dejan al medio como si fuera un jugador de fútbol y todas se ponen contentas con mi caso y hacen un descuento y entonces bajaron una caja grande y después una cinta azul y yo parto feliz.

En el centro me encuentro con dos amigos del barrio y apenas si puedo abrazarlos con la caja y dicen que van donde *La Tentación* y que ellos tienen algo de plata.

Los tres muchachos caminan por la calle angosta.

Es gris la calle, es agria también.

Se oscurecen hasta los perros vagos y los vidrios rotos y la madera.

No tiene color la calle, la calle no es negra, todavía.

Las mujeres están sentadas en su silla de mimbre, abanicándose esperando la clientela que comenzará a llegar más

tarde y los llaman, pero siguen derecho en dirección de la ventana iluminada donde "La Tentación" los espera.

Era una mujer gorda y vieja y dijeron que yo era "el nuevo".

Entonces ella me miró como si fuera mi mamá y sonrió también como ella, mostrando sus arrugas, todas las noches metidas en su rostro, la música incorporada al huracán de sus arrugas redondas, los sonidos que habían ahogado sus dientes, las risas que golpearon sus ojos, los fuegos que transitron por su cuerpo en la juventud (yo también la saludé como a la profesora de mi colegio), pero el perfume de ella me dio miedo como si a lo mejor se quedaba pegado mucho tiempo y me persiguiera hasta llegar al almacén.

Entonces ella preguntó cuánta plata traíamos.

Y nosotros le dijimos que poca.

Y ella dijo que cuánto.

Y nosotros le dijimos que en total, seis mil pesos.

Y ella se enojó mucho.

Y nosotros nos revisamos los bolsillos sin encontrar una sola moneda más: apenas unas migas.

Y yo le conté la historia del vestido.

Ella abrió entonces la bata y mostró sus senos.

Y los tres la quedamos mirando y parecían que estaban blanditos como la parte de atrás de la bocina de un auto viejo y eran grandes y brillaban un poco bajo la luz amarilla de la ampolleta.

Los otros dos amigos me pegaron un codazo y dijeron que yo estaba asustado, que temblaba entero y eso era cierto porque tenía miedo.

Ella pidió que dejáramos las monedas sobre la mesa, en

un plato, las contó y los otros muchachos me empujaron y la mujer y yo quedamos más cerca. Nadie hizo nada hasta que me dijeron: "¡Tócale uno!" y yo alargué la mano y recién comprendí que las monedas dejadas en el plato eran para pagar las caricias. Le toqué el seno; me dio frío en todas partes y hasta en las manos, nunca había tocado el cuerpo de otra mujer, era como aceitoso, creo yo, como un cuaderno nuevo y mi mano parecía haber tocado unas brasas, como si algo quisiera volar entre los dedos y después esta sensación, este sentimiento no lograba contacto con el resto del organismo, no lograba despertar el deseo, la idea, la posibilidad, la sospecha que un ser podía ir donde otro, entrar en él por un instante, como cuando se quiere arrendar una casa y se examinan las dependencias, una por una, entonces la mano retrocedió y otra vez se escuchó la voz de los muchachos diciéndole casi al mismo tiempo: "¡Tócaselo otra vez! ¡Tócaselo otra vez!", porque en realidad, esta caricia estaba evaluada en 500 pesos y por los mil que había puesto sobre la mesa tenía derecho a una tocada rápida de los dos senos gastados, maltrechos, expandidos, ofendidos senos y después se puso a pensar que éste iba a ser el secreto más grande de mi vida y cuando llegara con el paquete de regalo, mi mamá podía sospechar. Después los otros dos muchachos siguieron tocando el cuerpo usado de *La Tentación* y se armó un enredo por el tiempo que duraba cada caricia y ella se puso furiosa y dijo que nunca se había dejado estafar y que para eso existía una tarifa y que en tiempos pasados cuando fue joven los hombres más ricos que llegaban en auto a visitarla, le regalarían joyas y no como ahora que estaba volando tan bajo como para vender sus senos a los mucha-

chos del barrio para pagar el taxi de la revisión de los lunes y le pusieran el timbre y la estampilla certificando que no era clandestina.

Quedé solo. Creo que en medio del lío arrancaron con la plata.

Yo estaba con mi caja frente a ella mirando la puerta: "Si le dijera algo", pienso, pero lo malo es que no se me ocurría nada, pero quería decirle esas palabras como a mi mamá, cuando no había nada que echarle a la olla entonces yo le hablaba, no sé qué era, pero mi mamá ya no lloraba tanto y esto es lo que quiero hablar ahora, "pero no puedo".

Entonces *La Tentación* se fue a la cama metiéndose entre las sábanas y daba lástima, a lo mejor tenía frío y por eso se reía y para distraerla abrí la caja para mostrarle el vestido.

Entonces ella se levantó para quedar frente al espejo y se puso a mirar su cuerpo por todos lados; le quedó muy bonito, preguntando:

—¿Cuánto vale? —y yo le digo que nada, que es un regalo y comenzó a besarme hasta que me puse a tiritar y sentí algo como si tuviera pegado un papel en la suela de mis zapatos y yo trataba de despegarlo, pero el papel seguía en su sitio.

La Tentación dijo que me sacara la ropa y yo le contesté que bueno, pero siempre y cuando apagara la luz para no mostrarle las costillas, porque estoy creciendo y tenía miedo y vergüenza de que la mujer se cayera encima, aplastándome. Esto lo pensaba todo el tiempo. Entonces la miré más cerca como si fuera un edificio alto, por partes, con sus globos por todos lados, un poco lustrosa, pero no me daban deseos de nada. Me habían dicho lo que tenía que hacer con

una mujer cuando estuviéramos juntos, desnudos, pero voy a inventar una mentira. No importa que se quede con el vestido. Dije que me dolía el estómago y ella comprendió, pero sin ofender ni hacerme burla, quedamos en que íbamos a ser amigos y la visitaría los días lunes.

Se me hizo tarde por el camino, estaba libre en la calle y después de pasar de largo —al retroceder— estaba mi mamá en la puerta y no me miró a las manos sino a los ojos, comprendiendo, todavía sin oler el perfume de *La Tentación* como si estuviera orgullosa. Cuando me senté en el mismo lugar que ocupaba mi viejo, gritó desde la cocina que había preparado el plato que más me gustaba: batido y migado.

EL SIMULADOR

Personajes:

Pilotos, ingenieros de vuelo, supersónicos ficticios, torres de control.

Lugar de los hechos:

Bresigny.

En las afueras de la ciudad, caminando en dirección de Bresigny, dejando atrás la red ferroviaria, los humos detenidos y azulencos, los grises corridos y redondos como filudos altares, existe el doble edificio experimental que los técnicos conocen con el nombre de "El Simulador".

En realidad, no es un edificio, sino un conjunto de equívocos que tiene en apariencia la armonía de las constelaciones: dólmenes furtivos en vez de puertas, anclas demolidas que sirven de base de sustentación, chatarras de aviones, cementerios de autos viejos estructuran la marquesina.

Las jaulas de aves exóticas encubren una primera más-

cara de acero y cemento licuado que siempre está en movimiento en medio de un sorprendente derroche de colores y matices para culminar con algunos velámenes metálicos y de acrílico en la parte más elevada de la construcción sin puertas ni ventanas. El problema del sol cayendo a raudales sobre esta selva tan confusa de ruidos y formas se había resuelto en el uso sistemático de alerones de Diametrodón, aprovechando su capacidad para absorber el calor de tal suerte que verdaderas cascadas de piel de piedra formaban sucesivos estadios, pero manteniendo la premisa de la vela dorsal tan en boga en el período carbonífero. Aunque en esos millones de años el proceso de desarrollo quedó frustrado por la falta de fuegos infernales, los calculistas concluyeron al diseñar "El Simulador" que podían tomar el último hilo de esa evolución y colocarla en el frontis como una protesta: de ahí los inmensos vasos colgantes como ojos tormentosos de virulenta platería irradiando luz, como una mano hueca que necesitara calor para moverse. La vasodilatación promovía un choque de los rayos solares, distribuyendo el calor por los acueductos inducidos desde el exterior hasta la planta de la primera serie de pantallas de radar. En todo caso, los 276 funcionarios especializados que prestaban sus servicios en el laboratorio tenían la clave que les permite mover las cerraduras (casi siempre sostenidas en el aire) incrustadas en los portalones de madera de la entrada principal. Y aunque esta acción, en apariencia suponía una forma de humillación, la tarea para la que han sido prolijamente seleccionados, los está obligando a superar estas precarias deficiencias de la tecnología.

Los expertos en aeronáutica viendo atiborrado los cielos

se abocaron a la posibilidad de limpiarlos en la forma más orgánica posible, tomando en consideración que la velocidad Mach 2,7 (2.900 kilómetros por hora) sólo era el balbuceo de otros desplazamientos mayores, a corto tiempo. "El Simulador" fue acondicionado para hacer un estudio exhaustivo de esta saturación, producto de la sostenida competencia de las empresas de aviación comercial. El peligro de choques colectivos (algunos dejaban saldos que superaban el millar de víctimas), obligaba a adiestrar a las tripulaciones con un nuevo criterio, estimulando sus reflejos, acelerando su sentido del peligro. El hecho de recibir en muchas oportunidades pilotos, ingenieros de vuelo y radiotelegrafistas convertidos en niños (con sus vistosos trajes de marineros, boina azul, pompón y pito), indujo a los fabricantes de supersónicos a estudiar la manera de no trastocar los valores domésticos en relación con el paso del tiempo. Y si bien en algunos casos, el hecho de partir en dirección del Mar del Norte a los 43 años de edad, significaba arribar a Ban-Sur-Aube, con 15 ó 29 años menos, el peligro mayor consistía en no poder precisar el destiempo, el descargo de las horas de cada pasajero. No era posible mantener un control tan exacto como para detener ese retroceso en un instante determinado, llegando a la conclusión (confusa) de que la velocidad y la distancia eran un factor secundario. Los procesos criminales estaban afectando también a las empresas de transporte aéreo por el hecho de que varios pasajeros al subir, por ejemplo, en Orly, desaparecieron, pulverizados, antes de descender en Ceylán, después de retroceder violentamente todos los momentos de su edad y desandando lo vivido se convertían en última instancia en el deseo que alguna vez había motivado

su primer vagido, el grito confirmatorio de la existencia. Pero como las parejas responsables de la gestación de esa vida no viajaban en el mismo avión, no podían ser motivadas para que intercedieran en una reparación, por lo menos moral, en el afán de superar el daño que causaba la velocidad Mach, no sólo en los sentimientos, sino en la fuente misma generadora de la acción biológica: el proceso de vivir en un óvulo supersónico, desesperadamente inmóvil.

En "El Simulador" existen 158 pantallas de radar, las que registran los vuelos imaginarios que tienen lugar en el aire de mentira compaginado por los técnicos para llevar adelante sus conjeturas. Los pilotos se incorporan a la cabina de prueba como si subieran a un supersónico verdadero para dar examen y medir su grado de perfección en el dominio de los complejos instrumentales. Apenas el avión levanta vuelo, se producen hechos inesperados, trampas de la imaginación, delitos de la naturaleza, encrucijadas de los imponderables, conjeturas policiales ubicadas en una parte secreta del cerebro, fugas de las células, estremecimientos de los cartílagos, salpicación de los gónades, alteración de la hipófisis, derramamiento de las suprarrenales, todo un desorden equilibrado, un caos perfecto, una fuga detenida que los cibernéticos conocen con el nombre de *feedback*. Porque es un hecho que la velocidad Mach no sólo produce una disociación externa y superficial haciendo cómplice de este subterfugio a los que se adentran en ese aire desplazado y caliente del sonido, sino que abre muchos nudos, desaloja las hechuras clásicas de la constitución biológica y la tripulación es una víctima del azar, de la casualidad de tener un cuerpo vulnerable, atolondrado y formalmente difuso. Y aunque en

la pantalla se producía una fusión entre el mecanismo biológico y las estructuras del supersónico, algo vagaba entre esos dos poderes, una frontera intransitable, como una estampida de un ejército en retirada: el inexorable pavor de la derrota que cunde a medida que avanza la tarde, el rumor de las turbinas silbantes.

Los estímulos de la velocidad producían en la región del núcleo centro mediano o en la zona del caudado en el tegmento mesencefálico de los tripulantes, atochamientos de imágenes, saturación de ejercicios de la memoria, estragos que se unían como un disparo en su despeñadero, enredos insólitos como si toda la carga de los recuerdos se desestibara, por momentos, en una sola dirección (se sobreentiende que en la dirección de la proa de la nave) como en los naufragios cuando los tripulantes huyen de la escoración y las olas amenazantes, las ideas brotando como ráfagas, destellos del amor, usurpaciones de los tiempos, caídas súbitas que no eran sino parpadeos, remembranzas que no tenía un sitio para ubicarse y en esas condiciones su estallido era doloroso, todo sin asidero, sin una raíz donde dejar una mancha, una sensación de dolor, un síntoma de disgusto, ruptura. Cuando el piloto del Boeing 909 dice: "Voy a grefulgebrar la túrila que emerge del sotrapo, trágalo, drómene", significa: "Si el domingo hace buen tiempo, iré con mis niños al campo". "Nágrese, cropatrem funfideramo telicáptero": "Ustedes que están en tierra, me pueden hacer el favor de reservar dos plateas para el concierto de la noche". La traducción correcta de estos mensajes debía realizarse tomando en consideración la velocidad Mach que vulneraba, la resistencia de las vocales y consonantes, produciendo un odioso hacinamiento, una pro-

miscuidad vergonzante de palabras, como los sufridos pasajeros de un único autobús rural, ensamblados por el apremio de llegar, pero incrustados por la violencia, la usurpación del sentido común, la lógica, la regularidad de los significados produciéndose pifias del entendimiento, ese juego que enfurecía a los destinatarios.

Una solución propuesta con carácter experimental fue identificar cada sentimiento o posibilidad de expresión de los tripulantes con colores bases-diferentes y así, proyectar toda gama de sensaciones dentro de un espectro universal, legible. Hasta las pulsaciones podían lograr, en esas circunstancias, un registro, un matiz para un nuevo tipo de interpretación porque si un tono, en primera instancia, afirmaba la existencia de una idea, ésta se desplazaba en otros matices, primero rígidos hasta que después, llevada por la natural convulsión de los verbos, el fragmento se irisaba, meteórico, para dar paso a una especie de nieve de colores y cada fragmento a su vez, es decir, cada copo, no era otra cosa que el anuncio de ciertos rojos saltarines, naranjas sorpresa, verde de torvo atavío, negros de hasta 5.000 máscaras, puntadas de oro y sangre, aclimatamiento de las torres, ríos de obispo retenido confluendo en otros saltos derramados y en todas las direcciones, cuando la frase, al llegar su culminación armaba los nudos más perfectos: bolos de pardos disgustos, divorcios de los blancos metidos en toda la procesión y en cada pantalla. Entonces se veían esas tempestades de colores, los velámenes vacíos y llenos simultáneamente, las campanas amarillentas y negras y luego combinadas con el zumbido de las turbinas y los badajos de luces y sombras cayendo en el primer despeñadero, es decir, su primer punto de apoyo para

otras catástrofes y rupturas y rehacer ese fragmento gris, un pedazo azulenco, crístrigo, trúmigo, bránutri, catalogado en la albura extrema para descender en forma abierta a la base más honda como petróleo que va en ristre ensuciando las orillas, los deseos, la posesión de los pomos destripados que se achicharran al sol de hielo, que irrumpen con su fuego nevante y traducidos en forma burda por el funcionario de turno, libreta en mano.

Las pruebas que se realizaban en "El Simulador" tenían carácter experimental porque las líneas de las pantallas de radar y las calculadoras electrónicas no estaban conectadas con el exterior. Los diálogos entre los examinadores y los tripulantes eran de carácter privado, no oficial; una ociosa certidumbre de seguir en el juego para que los vuelos registrados en cinta magnética sirvieran de referencia para los estudios de los especialistas.

Un día se escuchó una voz diciendo: "¡Aquí el Boeing 939 llamando; se ha incendiado una turbina!" La respuesta fue: "Se ruega al señor comandante evitar las bromas dentro de las horas de trabajo".

Segundos más tarde, los timbres rectificadores de las operaciones señalaron que la imagen que se estaba registrando en ese instante en las pantallas correspondía a un intruso, pues no figuraba en el registro de "El Simulador".

"El circuito electrónico ha amanecido con mucho sentido del humor", fue la respuesta técnica que dio uno de los ingenieros consultados.

El piloto insistía: "Vamos a caer al mar, los comandos no obedecen; el resto de la tripulación está tranquila; el pasaje duerme, aburrido..."



Las pantallas adicionales comenzaron a captar en forma simultánea una sola línea que despedía confusas tonalidades, secas, pasmosas, beligerantes, destruyéndose entre sí: el desorden previo a la muerte en el corazón del piloto, en su memoria, círculos que al agrandarse parecían una cargada con su sonido adicional o destellos de gran expansión constreñidos después a un mísero diamante o frenadas bruscas del recuerdo, del amor, un contacto, un beso blando, mojado, un espasmo sostenido y fugaz, el primer registro de la muerte, esos puntos luminosos para señalar que 16 kilómetros de filamentos encierran en su cárcel la inmovilidad del piloto pegado a los comandos, el ojo abierto antes de crujir para despedazarse, la mano cerrada para saltar hecha añicos con la explosión, el alma en un hilo, vacío entre todos los vacíos, que tomaban colores esplendorosos, como subproductos del pavor de perecer, manchas de la memoria, sin asidero, fragmentos de los huesos preparados para irrumpir en otros preparativos de la existencia, casi siempre sobrantes, inútiles, la voz llegando sólo hasta la boca después de registrar minuciosamente los aposentos de la fantasía y de la utilidad de haber llevado una chispa interior para mover tal acción, la conducta, la moral sobreviviente de tantos acechos, la ruptura entre el sentido común y la posibilidad de no aceptar el vasto mar que en esos momentos, en la pantalla, subía con sus vulgares cristales gruesos y aceitosos enmarcando el suceso desde el ángulo cada vez más verde, fondo de botella, "estamos todos muertos", y las aguas decreciendo, cada tono regresando a su punto de origen al dejar constancia de la frustración de una aventura, el típico regreso del soldado, el silencio absoluto, la luz principal cansada. Pero ante la sor-

presa de los curiosos, que continuaban mirando las pantallas sin comprender, después de la muerte definitiva, otros hervores se insinuaron, algo como barro que entraba en ebullición, y luego las formas misteriosas de la vida desfilaron; un segmento del corazón, hueco; los canales de las venas, vacíos; la boca sin nada, perentoriamente, la posibilidad de sumar y restar la urdimbre glandular, un síntoma de un cuerpo desprolijamente armado, accionando un complejo metabolismo de estrellas, coágulos cósmicos de las células enfundadas en su anillo semiabierto (fauces) dispuestas al asalto; cada saldo buscando su enemigo y salvador, detrás de la muerte, caminando en el sentido que usted lee este libro, las células corporales identificadas en la nueva aventura persiguiendo su primera rueda, el centro sagrado de algo que sólo perdió fugazmente el equilibrio (al chocar el supersónico con el océano) dejando que el azar descubra en última instancia, esa virtud del polvo que roe hasta el final el rostro, la magnitud de los siglos cursados en el aire, para luego ver en la pantalla el estampido de un color que barre una casa, abre las ventanas y deja entrar el sol sin haber recuperado esa lamentable piel que dejó en la catástrofe vestido de etiqueta como si fuera un traje de buzo nadando entre las estrellas, los ríos de la sangre cortando de vez en cuando la certeza de una vida, los huesos mutilados por orden superior tomando las formas más inesperadas de acuerdo con los estrictos caprichos del cliente.

INDICE

Dedicatoria

La hora, la boca

Nocturno, la crueldad

La rifa Ki-ki-ti-ti-ki

50%, menos al alza

El caso de cada uno

Cálculo de puntualidades

Una historia de amor

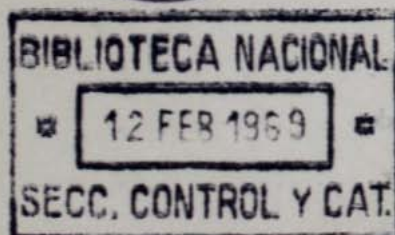
El blanco Clavelito-julia

Domingo sagrado

Quetzalcoatl

	Págs.
Dedicatoria	5
La boca, la boca	7
Nosotros, la crueldad	17
La tía Ki-ki-ki-ri-ki	29
50% menos al alba	37
El ratón de cada uno	43
Cálculo de posibilidades	61
Una historia de amor	67
Háblanos Claudia-Julia	79
Domingo sagrado	87
Divertimiento	95

	Págs.
Matar a Pérez	105
El mar es como una casa	125
El flash de los ahorcados	137
Una moneda, un seno	145
El simulador	159





PRESENTACION DE "ALEGRÍA PROVISORIA"

Alfonso Alcalde nació en Punta Arenas en 1921. Ha tenido una vida difícil, con tantos oficios como su propia edad —según sus palabras—. Desde cuidador de plaza hasta periodista, extremando la aventura en oficios casi increíbles. En el camino fue recogiendo sus personajes. Los payasos desamparados de los circos pobres, los pescadores, los desamparados, los humillados, los ofendidos. Un submundo atendido prolijamente con sentido del humor. Después vendrá la ironía, la actitud sar-

dónica frente a la existencia. En este plano transcurren la mayoría de los cuentos reunidos en "Alegria Provisoria" donde hasta el título es sintomático. La posibilidad, fugaz, de confrontar ciertos momentos de plenitud tanto en el amor como cerca de la muerte o casi en la magia de anticipo de "El Simulador", el último relato. Alcalde ha dicho que está preparando prolijamente el camino para sus novelas y sus personajes actuales dan la impresión de buscar un ámbito mayor, una ruptura con los límites tan estrictos y severos del cuento. Hay un hecho curioso. La trama de la mayoría de sus historias está contenida también en su poesía, como en un camino paralelo resuelto con las leyes específicas de cada caso. En ese sentido, en su obra mayor: "El Panorama ante Nosotros", un poema épico sobre Concepción, su río y variada gente que también publicará Editorial Nascimento, aparecen y desaparecen de sus múltiples cantos, estas criaturas de hoy: hombres y mujeres ávidos de ternura, entonces internados en el acontecer histórico, entrando y saliendo de las peripecias más trascendentes, humanas y conmovedoras.

Alcalde es un escritor solitario y singular dentro de nuestra literatura. Vive buena parte del año aislado en una pequeña caleta de pescadores —Los Morros de Coliumo— y desde ese lugar desconocido parece disparar estas andanadas de su estilo tortuoso, esas parrafadas barrocas sin respiración. Cada vez más escéptico y tremebundo, sólo de vez en cuando emerge en el otro mundo de la realidad que tanto le cuesta aceptar como lo demuestran cada uno de los cuentos de "Alegria Provisoria".

LOS EDITORES.